

SANTA BIBLIA.

DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE

LA DIVINIDAD DE LA SANTA ESCRITURA. (*)

OID CIELOS (1); ESCUCHA TIERRA, *porque el Ser Supremo es quien habla. Así es como Isaías comienza el libro de sus profecías. Audite, coeli; et auribus percipe, terra, quoniam Dominus locutus est:* conservemos la expresion del texto original, *quoniam JEHOVA locutus est.* Esto es tambien lo que nosotros podemos decir al presentar á los fieles el cuerpo entero de los libros santos. El Dios Altísimo, cuyo nombre JEHOVA significa el *Ser Supremo*, hace oír aquí su voz: *JEHOVA locutus est.*

Cuando en medio de la celebracion de los sagrados misterios, la Iglesia presenta los santos Evangelios á los homenajes de sus ministros, ella les dice: Ved aquí las palabras santas: *Haec sunt verba sancta:* y lo que dice de los santos Evangelios, lo cree igualmente de todos los libros sagrados: por eso no solo los llama santos sino divinos: *Scripturae divinae.* De ahí viene que en sus consejos donde los mira como la regla de su fe, los llama no solo santos y divinos, sino adorables: *Sancta et adoranda verba Scripturarum.* Ella adora allí al Ser Supremo, porque está persuadida de que él es quien le habla: *JEHOVA locutus est.*

El hombre, destituido de las prerogativas de su origen, y abismado en las tinieblas de la ignorancia, necesitaba ser socorrido por la revelacion. Esta revelacion existe, y se halla consignada en nuestros libros santos. Los libros que la contienen han sido divinamente inspirados, y esta inspiracion se extiende hasta las palabras del sagrado texto; de manera que desde la primera hasta la última palabra, Dios es quien habla en estos divinos libros.

Tales son los importantes principios que nos proponemos establecer aquí.

Necesidad y certeza de la revelacion, cuyo depósito contienen nuestros libros: verdad y extension de la inspiracion de los libros divinos que contienen este depósito precioso, son los dos puntos que van á ser el objeto de nuestro discurso.

(*) La substancia de este discurso se ha sacado del que M. de Vence, Dr. de la Sorbona, publicó bajo el título de *Dissertation sobre la revelacion y la inspiracion.*—(1) *Isai. l. 2.*

PARTE PRIMERA.

Necesidad y certeza de la Revelacion.

I. Necesidad de la Revelacion.

Aunque las luces naturales no se extinguieron enteramente en el hombre, sin embargo ellas no le bastarian sin el socorro de la revelacion. El hombre, en medio de las tinieblas que lo rodean, encuentra todavia en sí mismo algunos vestigios de aquella viva luz que lo iluminaba en su origen. El no puede reflexionar sobre sí sin reconocer que no habiéndose hecho á sí mismo, es necesario que haya sobre él un Ser Supremo de quien ha recibido la existencia; y él se siente obligado á confesar que es deudor de sus homenajes á aquel de quien tiene la vida.

Así el hombre encuentra en su corazon los primeros principios de la Religion: descubre allí la idea de la Divinidad que debe ser objeto de su culto; y percibe el sentimiento de amor en que consiste el alma de este culto. Así la idea de la Divinidad extendida entre todos los pueblos los ha inducido á rendir á la Divinidad sus homenajes. Miétras mas se sube á la antigüedad, mas se ven los pueblos penetrados de la idea de un primer Ser, y persuadidos de la obligacion de rendirle un culto.

Pero esta idea primitiva se oscureció sucesivamente por las ideas falsas que los hombres le añadieron. Perdiendo la memoria del verdadero Dios, se formaron poco á poco una multitud de falsos dioses á los cuales prostituyeron ciegamente su culto, de manera que conservando la idea de la Divinidad, sin embargo ya no conocian á Dios. Era pues necesaria una luz sobrenatural que confirmase en los unos la idea del verdadero Dios, y que redujese á los que se habian alejado de ella. He aquí el primer socorro que nos ofrece la revelacion, por la cual Dios se hace conocer al hombre como Supremo Ser únicamente digno de su culto.

Ni bastaba retocar en el alma del hombre la idea del verdadero Dios; era menester aun enseñarle cual es el culto que el hombre le debe. Sus reglas no podian ser determinadas sino por el Ser Supremo á quien es debido. Si la eleccion de este culto que llamamos *Religion*, quedara abandonada al capricho de los hombres, resultaria una confusion tan extraña y una diversidad tan grande en el modo de servir á Dios, que se verian tantas religiones diferentes cuantos diversos caracteres se advierten entre los hombres. No se puede honrar á Dios sino rindiéndole el culto que le es agradable, y á él solo toca enseñarnos cual es el que debemos ofrecerle. Luego la verdadera Religion no puede fundarse sino en una revelacion que enseñe al hombre cual es el verdadero Dios, y cual es el culto que exige.

II. Revelacion supuesta entre las na-

Este principio es tan constante, que aun entre las naciones infieles, los que han querido reunir pueblos enteros en una misma religion, haciéndoles abrazar un mismo culto, han supuesto por ba-

se de las reglas que les han dictado, una entera persuasión de que nada proponían sino lo que habían recibido y aprendido de los dioses. Esto es lo que Platon asegura de los Egipcios (1): y Josefo dice lo mismo de ellos (2). Por lo que toca á los Romanos, se puede ver lo que Dionisio de Halicarnaso refiere (3) de Numa Pompilio, quien para dar mas peso á las leyes que estableció y á los sacrificios que instituyó, afirmaba que habia aprendido todo lo que enseñaba y ordenaba de la ninfa Egeria, que algunos decían era una de las Musas. Y en esto, añade el citado historiador, Numa Pompilio no hizo sino imitar á Minos de Creta, que iba frecuentemente á la cima del monte Dicto como para escuchar las instrucciones de Júpiter, de quien él decía le comunicaba todas las leyes que imponía al pueblo de su isla. Siguió también el ejemplo de Licurgo de Lacedemonia, que hizo un viaje á Delfos para aprender de Apolo el modo de establecer leyes útiles á sus súbditos, y para recibir de la Divinidad el espíritu de sabiduría que necesitaba para esto.

ciones infie-
les.

Es verdad que Dionisio de Halicarnaso y los demás autores sensatos del paganismo no hablan de esta especie de comunicaciones, sino como de piadosos fraudes inventados para dominar mas fácilmente á los pueblos, y nosotros estamos en efecto bien persuadidos de que todas esas pretendidas comunicaciones de las falsas divinidades no eran mas que ficciones propaladas sin fundamento, ó ilusiones de que se valía el demonio para engañar á los que lo invocaban y ponerlos en estado de seducir á los otros. Mas por falsos que sean los hechos que refieren estos autores, prueban sin embargo que es opinión general de todas las naciones, que sin la revelación no pueden establecerse una Religión, ni darse reglas ciertas para reunir á los pueblos en un culto; de suerte que desde que se reconoce alguna Divinidad que exige ser honrada, y á la cual los hombres deben sus homenajes, es menester confesar al mismo tiempo que el culto debido á esa Divinidad debe ser designado y comunicado á nosotros por la revelación.

Las naciones que Dios dejó andar por sus caminos [4] han supuesto entre ellas la revelación que no tenían; pero Dios escogió un pueblo á quien él mismo confió sus oráculos [5]. El ha hecho en favor de su pueblo lo que no hizo por las demás naciones [6]: anunció su palabra á Jacob, sus juicios y sus mandamientos á Israel. Los Hebreos tuvieron la felicidad de poseer profetas y héroes suscitados por Dios, é inspirados para hacerles conocer las voluntades y las órdenes del Señor, que se les manifestó por medios públicos y acompañados de portentos, que no dejaban duda alguna, y que llevaban el carácter de la Divinidad en las maravillas que los autorizaban. Dios se manifestó á Moisés en el desierto de la Arabia Petrea, y se le apareció en una zarza inflamada: es verdad que entonces no hubo testigo alguno; pero le mandó publicar [7] y confirmar lo que diría de parte del Señor con milagros y prodigios. Moisés refirió en presencia de todo un pueblo, cuya dureza é ingratitud pu-

III
Verdadera
revelación
en los pue-
blos Hebreo
y Cristiano.

(1) Plat. in Tim.—(2) Joseph. l. i. cont. App.—(3) Dion. Halic. l. xi. p. 118.—
(4) Act. xiv. 15.—(5) Rom. iii. 2.—(6) Ps. cxxvii. 8. 9.—(7) Exod. iii. 16. iv. 1. 9

blicaba, las apariciones por las cuales Dios se le habia dado á conocer. Por mas interes que este pueblo tuviese en que no se diera crédito al testimonio del santo legislador, jamás se ha atrevido á intentar el menor ataque contra los sucesos que este legislador refiere, ántes ha adoptado con gran respeto y perfecta sumision, todo lo que le enseñan las revelaciones con que el Señor favoreció á su fiel siervo. *Dios le hablaba boca á boca; y él veia al Señor claramente, y no bajo enigmas y figuras* [1]. La gloria de que quedaba rodeado despues de sus conferencias con el Señor, era para todo el pueblo un testimonio cierto de que Dios le habia comunicado sus órdenes para trasladarlas á aquellos cuya conducta le estaba confiada. *Ellos veian*, dice la Escritura (2), *el semblante de Moisés rodeado de luz; y los rayos que despedia los llenaban de asombro y de temor: no se atrevian á acercársele, y él necesitaba poner un velo sobre su cabeza para no deslumbrarlos cuando les hablaba.*

¿Los que han querido engañar á los pueblos que pretendian seducir, han obrado de esta manera? Cuando Mahoma quiso erigirse en profeta y darse por hombre inspirado, hizo pasar las convulsiones de la enfermedad de que adolecia, por temblores que le causaba la vista del ángel Gabriel; pero ¿qué prueba daba de esa aparicion milagrosa? Cuando Moisés recibió la ley de Dios, el Todopoderoso hizo sentir su presencia (3), se oyó el estallido del trueno; se vieron brillar los relámpagos; una nube espesísima ocultó la montaña á la vista de todo el pueblo; la trompeta resonó con estrépito, y la muchedumbre que estaba en el campo fue sobrecogida de terror; todo el monte Sinaí estaba cubierto de humo porque el Señor habia bajado á él en medio del fuego. Todo esto pasó en presencia de todo el pueblo, y no en un lugar secreto ni en una cueva oculta. *El Señor dió á Moisés*, dice la Escritura (4), *sus preceptos delante de todo su pueblo, la ley de vida y de ciencia, para enseñar su alianza á Jacob, y sus mandamientos á Israel.*

Todo lo que Moisés prescribió á los Israelitas, es digno de Dios. La ley moral que les propuso de parte del Señor, contiene con grande exactitud todo lo que el hombre debe á su Dios, lo que se debe á sí mismo, lo que debe á su prójimo: se ven en estos preceptos, los rasgos, y, por decirlo así, los resplandores de la equidad soberana y de la primera verdad, por los cuales Dios ha renovado en el corazon del hombre los primeros sentimientos que grabó en el momento de la creacion, y que habian sido desfigurados por el pecado. Si se examinan con algun cuidado las reglas dadas por Moisés para los sacrificios y ceremonias, y las leyes de policía establecidas para el buen orden de la República Hebrea, se encontrará que todo está lleno de sabiduría, y que si alguna cosa no es enteramente perfecta, esto era necesario en una ley destinada á servir de sombra y figura, á fin de preparar á los hombres á otra ley mucho mas perfecta; y en esto mismo se reconoce fácilmente la sabiduría de la conducta de Dios.

Como todo el tiempo que ha durado esta ley dada á Moisés

(1) Núm. XII. 8.—(2) Exod. XXXIV. 29 et seqq.—(3) Exod. XII. 16.—(4) Eccli. XLV. 6.

era en cierto modo un preludio y una disposicion al gran misterio de la nueva alianza que el mismo Hijo de Dios debia contraer con los hombres, fue preciso que Dios suscitate de tiempo en tiempo profetas que hiciesen acordar á los hombres de lo que debia ser el objeto de sus deseos y esperanzas. Estas revelaciones ó profecias han sido hechas en diferentes tiempos, y como repartidas en diferentes ocasiones, á fin que en todos los tiempos se recibiesen algunos testimonios de las grandes verdades, y que los testimonios multiplicados formasen una cadena de tradicion. Esta es la idea que San Pablo nos da de la economía sapientísima con que Dios ha repartido y distribuido, por decirlo así, las revelaciones que queria comunicar á los hombres. *Antiguamente*, dice este grande apóstol (1), *Dios ha hablado á nuestros padres en diversas ocasiones y en diferentes maneras, por medio de los profetas; y en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo tambien el mundo.*

Las revelaciones hechas á Moisés y á los otros profetas, fueron por partes, en diversos tiempos y en diferentes ocasiones: no todas las verdades se manifestaron juntas, sino ya una ya otra; y muchas quedaron reservadas para el tiempo venidero. Pero cuando el Hijo de Dios vino á la tierra, y Dios se dignó en el último tiempo hablarnos por boca de este Hijo querido, la revelacion ha sido completa y perfecta: nada hay que añadir á lo que el Hijo de Dios nos enseñó por sí mismo mientras estuvo sobre la tierra y á lo que nos hizo enseñar por el Espíritu Santo despues que subió al cielo: por eso él aseguró á sus apóstoles que este Espíritu Divino les enseñaria toda verdad (2). He aquí el fin de las demas revelaciones: ninguna hubo que se acercase á esta; ni hay que aguardar otra; ella es bastante perfecta para subsistir siempre. Tal es el fundamento y la plenitud de nuestra fe. Las demas revelaciones tenian á esta por fin, y en ella han encontrado su cumplimiento y consumacion.

No tratando aquí de la revelacion sino en cuanto se refiere á la divinidad de los libros santos, no hablaremos de las que se hicieron en el estado de la inocencia, por las que Dios se comunicaba á nuestros primeros padres, que tenian la felicidad de oir su voz, cuando bajaba al paraíso terrestre para conversar con ellos (3). Nada diremos de las diferentes revelaciones por las que Dios manifestó sus voluntades á los antiguos patriarcas que vivieron ántes del diluvio. El se descubrió á *Henoc*, que andaba siempre en su presencia: hizo conocer sus designios á Noé, cuando resolvió enviar el diluvio para castigar los crímenes de los hombres carnales. Pasaremos tambien en silencio por la misma razon, las apariciones hechas á Abraham y á sus descendientes; en que el Señor hacia conocer su voluntad, y comunicaba sus órdenes á este santo patriarca, como lo hizo despues con Isaac, con Jacob y con José. Hemos visto lo que la Escritura dice de la manera con que Dios se dió á conocer á Moisés, al cual se manifestó de un modo mas perfecto que á los otros profetas; *porque si hay algun profeta entre vosotros, dice el Señor, (4) yo le apa-*

IV.

Revelaciones hechas á los patriarcas desde Adam hasta Moisés.

(1) Hebr. i. 1.—(2) Joan xvi. 13.—(3) Gen. iii. 8.—(4) Núm. xii. 6. 8.

recré en vision, ó le hablaré en sueño; mas no así á mi siervo Moisés que es el mas fiel en toda mi casa: porque le hablo boca á boca, y él ve al Señor claramente, y no bajo de enigmas y figuras.

Cuando Dios dió su ley, estableció un medio seguro para conocer su voluntad; porque consultando al *efod* ó pectoral del gran sacerdote en que estaban el *urim* y el *tumim*, se descubria cual era la voluntad del Señor en las cosas obscuras en que habia necesidad de que declarase lo que convenia hacer. Esto es lo que Dios habia establecido diciendo á Moisés (1). *Cuando sea menester emprender alguna cosa, el gran sacerdote Eleazar consultará al Señor; y segun la respuesta de Eleazar, Josué obrará, y con él todos los hijos de Israel.* David, encontrándose perplejo sobre el partido que debia tomar en cierta ocasion, dijo á Abiatar consultase al Señor tomando el *efod* y revistiéndose de este vestido sacerdotal: *Applica Ephod* (2); y estando Abiatar revestido del *efod*, el Señor hizo conocer á David lo que debia sucederle en Ceila si permanecia allí, y le dió con esto el medio de evitar la cólera de Saul que intentaba perderlo. Como el *urim* y el *tumim* estaban unidos al *efod*, y estos dos términos significan *luces y perfecciones*, se ha creído que la razon por que estaban unidos al *efod*, era porque el gran sacerdote revestido de este ornamento y consultando al Señor, adquiria las luces necesarias para conducirse segun la voluntad y las órdenes de Dios. Algunos creen que el *urim* y el *tumim* eran dos piedras preciosas que por un resplandor y brillo extraordinario, hacian conocer la verdad. Lo que consta por el ejemplo de David es, que consultando el gran sacerdote á Dios, Dios respondia. José (3) es de parecer que el gran sacerdote descubria la voluntad del Señor por el resplandor extraordinario del *urim* y del *tumim*, que eran dos piedras preciosas. Como quiera que sea, es cierto que Dios daba respuestas y oráculos, consultado por el gran sacerdote cuando estaba revestido del *efod*, en el cual se hallaban el *urim* y el *tumim*; y esta respuesta procedia ordinariamente del propiciatorio.

V.
Revelaciones desde Moisés hasta Samuél.

Seríamos demasiado largos, si quisiéramos recorrer todas las revelaciones hechas á los hombres inspirados que vivieron despues de Moisés entre los Hebreos. Las hubo en tiempo de Josué; y este grande hombre, gefe del pueblo de Dios despues de Moisés, nada importante emprendió sin consultar la voluntad del Señor. Rechazados los Israelitas despues del robo cometido en la toma de Jericó al sitiarse á Hai, y consultado el Señor, manifestó la causa de esta desgracia; pero Josué no obtuvo este conocimiento sino despues de haber estado posturado hasta latar delante de la arca del Señor con todos los ancianos del pueblo (4); y no se puede dudar que pues oraba delante del arca, el gran sacerdote Eleazar estuviese allí, revestido del *efod*, para recibir la respuesta que segun costumbre salia del propiciatorio, en que Dios residia de un modo particular y hacia conocer su presencia por los oráculos que daba.

Despues de Josué, en tiempo de los Jueces el don de profecía fue

(1) Núm. xxvii. 21.—(2) 1 Reg. xxiii. 9.—(3) Antiq. l. iii. c. 8.—(4) Jos. vii. 6. et seqq.

concedido á Débora, muger de Lapidot (1). Ella predijo á Barac todo lo que le sucederia en la derrota de Sisara, general del ejército de Jabin, rey de Canaán que reinaba en Asor: ella aseguró á Barac que seria testigo del triunfo, pero que no tendria el honor de la victoria; ella, derrotados los enemigos, compuso el hermoso cántico que leemos en el libro de los Jueces (2), lleno de expresiones magnificas y todas proféticas.

Algunos años despues, los Israelitas cayeron bajo el yugo de los habitantes de Madian que los humillaron mucho y les hicieron sufrir una dura servidumbre. Los Hebreos sintiendo el peso del brazo del Señor, imploraron su socorro, y Dios les envió un profeta que les reprendió su ingratitud y su dureza porque no habian querido escuchar la voz de su Dios (3). Pero como se inclina siempre á usar de misericordia, envió un ángel á Gedeon que le habló de parte del Señor, diciéndole: *Vé; con el valor y fuerza que Dios te ha dado, tú librarás á Israel del poder de los Madianitas. Yo estaré contigo, y todo Madian caerá delante de tí como si fuera un solo hombre.* La noche siguiente se le apareció Dios, y le mandó destruir un altar consagrado á Bál y edificar otro en honor del Señor. Despues que hubo ejecutado lo que se le ordenó, Dios le dijo lo que debia hacer para combatir á los Madianitas, en cuya derrota vió el cumplimiento de las promesas del Señor.

El nacimiento de Samson fue la consecuencia de la promesa hecha por un ángel á la madre de aquel antes estéril (4). Dios le hizo anunciar que seria madre de un hijo consagrado al Señor que deberia guardar las reglas de los nazarenos manteniéndose en abstinencia de vino y de cualquier otro licor capaz de embriagar, sin que jamás comiese nada impuro. El ángel añadió que aquel niño estaba destinado para comenzar á librar á Israel del poder de los Filisteos: lo cual verificó el suceso. El nacimiento de Samson y las repetidas derrotas de los Filisteos dieron cumplimiento á las predicciones del ángel.

Hemos llegado á un tiempo en que las revelaciones se hicieron raras. Viviendo el gran sacerdote Helí, habia pocos profetas enviados para hablar á Israel de parte del Señor: así nos lo da á entender la Escritura por esta expresion: *la palabra del Señor era preciosa en aquellos dias* (5): los profetas eran pocos, y el nombre de profecía no era públicamente conocido como lo fue en tiempo de Isaías y de otros profetas. Dios llamó entonces á un joven acabado de salir de la infancia. Samuél oyó la voz del Señor; pero aun no sabia distinguirla: creyó que el gran sacerdote lo llamaba; mas advertido que escuchase atentamente á quien lo habia llamado, pues era el Señor, y habiendo dicho: *habla, Señor, que vuestro siervo os escucha*; Dios le reveló lo que habia determinado hacer en castigo de los crímenes del gran sacerdote Helí y de sus hijos. Todo lo que se predijo á Samuél contra el gran sacerdote se

VI.
Revelaciones desde Samuél hasta el cisma de las diez tribus.

(1) *Judic. iv. 4. et seqq.*—(2) *Judic. v. 1. et seqq.*—(3) *Judic. vi. 8. et seqq.*—(4) *Judic. xiii. 2. et seqq.*—(5) *1. Reg. iii. 1.*

cumplió, y el acontecimiento hizo conocer la verdad de la revelación, que es la prueba de que venia de Dios.

Bajo el reinado de David hubo muchos profetas, de los cuales se habla en la historia de este príncipe; pero á ninguno se manifestó mas Dios que á este Santo Rey, á quien concedió el don de profecía para anunciar los mas grandes sucesos de la ley nueva. Leyendo el Salmo xxi se cree ver la historia de la pasion de nuestro Señor, delineada con las circunstancias mas menudas. En otros se encuentra la descripcion del reino del Mesias, que debía extenderse hasta las extremidades de la tierra y sobre todas las naciones, las cuales habian de ser llamadas para tener parte en la gracia del Evangelio. Todo el libro de los Salmos, no es por decirlo así, mas que un tegido de profecías y revelaciones hechas á David, para mostrarle los grandes misterios de la Religion, ó los acontecimientos que debian suceder en la plenitud de los tiempos señalados, y que son el fundamento de la creencia de los fieles. Con razon, pues dice la Escritura que el Real Profeta fue el hombre establecido para anunciar lo perteneciente al ungido del Señor Dios de Jacob. Este Santo Rey decia de sí mismo en los trasportes causados por la presencia del Espíritu Divino: *El Espíritu del Señor ha hablado por mi boca, y sus discursos se han comunicado por mi lengua* [1].

Despues del reinado de David, vemos que Dios se manifestó á Salomon para preguntarle qué deseaba obtener de su bondad: *Pe-dídme*, le dijo, *lo que deseais que yo os dé. Dadme*, respondió Salomon, *un corazon dócil, para que pueda juzgar á vuestro pueblo, y discernir entre el bien y el mal* [2]. Esta respuesta, añade la Escritura, agradó al Señor, que aprobó la demanda de Salomon. Despues que este príncipe hizo construir el magnífico edificio del templo, en que sin perdonar gastos ni diligencias hizo trabajar siete años y medio, lo dedicó con mucha solemnidad, y el Señor se le apareció como habia hecho antes á Gabaon, para asegurarle que habia oido su oracion santificando la casa levantada en honor suyo. El Señor le renovó entónces la promesa hecha á David, de que afirmaria para siempre su trono, y que no faltaria un descendiente suyo para mantener el cetro en Israel (3): profecía que solo se puede entender del Mesías, y que se ve cumplida en él.

Al fin del reinado de Salomon, Dios envió un profeta nombrado Ahías de Silo, á Jeroboam, hombre fuerte y poderoso, para anunciarle que el Señor habia resuelto dividir el reino poseido hasta entónces por Saul, David y Salomon. Sucedió en este tiempo, dice la Escritura (4), que saliendo Jeroboam de Jerusalem, fue encontrado en el camino por el profeta Ahías de Silo, cubierto con una capa nueva. Ellos estaban solos en el campo: entónces Ahías tomando su capa la partió en doce trozos y habló á Jeroboam en estos términos: *Toma para tí diez pedazos, porque esto es lo que dice el Señor: yo dividiré el reino que al presente posee Salomon, y*

(1) 2. Reg. xxiii. 2.—(2) 3. Reg. iii. 5. 9. 10.—(3) 3. Reg. ix. 5.—(4) 3. Reg. xi. 29. et seqq.

ta *daré diez tribus: no le quedará sino una en consideracion á mi siervo David y á la ciudad de Jerusalem que he escogido entre las tribus de Israel. Así castigaré las infidelidades de Salomon.* Esta prediccion no podia venir sino de parte de Dios, que no solo conoce lo que debe suceder en la série de los siglos, sino tambien los pensamientos mas ocultos del corazon, pues la division del reino en dos estados con dos diferentes reyes, se verificó por la insensata resolucion de Roboam, que no quiso atender á las justas representaciones de su pueblo. El que predijo el acontecimiento conocia por consiguiente la disposicion del corazon de Roboam, endurecido y obstinado contra cuanto pudiera representársele. Era tambien necesario que conociese los pensamientos y designios de los pueblos recargados por los impuestos y exacciones que habian tenido que sufrir bajo el reinado de Salomon. Era menester que previese que en medio de la sublevacion general, sola la tribu de Benjamin permaneceria adicta á la casa de Judá y á la familia de David.

Jeroboam, poco reconocido á lo que Dios habia hecho en su favor, se abandonó al culto de los becerros de oro, y queriendo impedir que sus nuevos súbditos fuesen á Jerusalem para adorar en el templo, hizo poner un becerro de oro en Betél y otro en Dan, y publicar que no era necesario ir á Jerusalem. *Israel, vé aquí tus dioses,* decia hablando de estos becerros (1): *estos son los que te sacaron de Egipto.* Este rey impío estableció un sacerdocio profano, escogiendo de la hez del pueblo sacerdotes que no eran de la tribu de Leví: hizo fabricar altares en las alturas, y habiendo mandado celebrar una gran solemnidad, subió él mismo para ofrecer incienso en ellos. Entónces se presentó un profeta, cuyo nombre nos es desconocido, un hombre de Dios (2) venido de Judá, y habiendo llegado á Betél por orden de Dios, exclamó dirigiéndose al altar: *„Ved aquí lo que dice el Señor: Nacerá de la casa de David un hijo que se llamará Josías, y él sacrificará sobre tí á los sacerdotes de los lugares altos que ahora queman incienso sobre tí, y quemará sobre tí los huesos de los sacerdotes profanos. Y en señal de que el Señor ha hablado, el altar se dividirá en dos partes, y su ceniza se esparcirá por tierra.* Jeroboam, irritado de este discurso, extendió la mano, y mandó que se prendiese al profeta. Pero la mano que habia extendido se secó al punto y no pudo retirarla ni doblar el brazo. El altar se partió tambien, y toda la ceniza que estaba sobre él se esparció en tierra. El rey, sin convertirse, quedó atemorizado y convencido de que el profeta era un enviado de Dios. Por tanto, se dirigió á él para empeñarlo en interceder en su favor con el Señor, á fin de que le volviese el uso de su brazo. El hombre de Dios oró, é inmediatamente la mano que se habia secado se restituyó á su estado natural.

Todo es digno de notarse en esta admirable prediccion. Primeramente, ella se refiere á un acontecimiento que se cumplió 350 años despues, cuando el santo rey Josias hizo sacar de sus sepulcros los huesos de los falsos profetas, y quemarlos sobre el altar con

VII.

Revelaciones desde el cisma de las diez tribus hasta los grandes profetas.

(1) 3. Reg. xii. 28, 29.—(2) 3. Reg. xiii. 1. et seqq.

el intento de profanarlo, como se advierte en el libro iv de los Reyes (1). Lo segundo, debe observarse el nombre de este piadoso rey que desde entónces se determina tan expresamente. Así el profeta Isaías señaló por su nombre (2) al gran Ciro que debía ordenar la libertad de los Judios y el restablecimiento del templo. Se puede notar en tercer lugar en esta prediccion dirigida al altar profano de Jeroboam, la conducta que Dios observa algunas veces para dar autoridad á sus profetas, y conciliarles la fe de los pueblos cuando predicen sucesos que deberán verificarse despues de muchos siglos; les hace anunciar algun otro de mas próxima ejecucion, para que viendo cumplida la profecía en el acontecimiento cercano, no quede razon de dudar sobre la certidumbre del remoto que debe considerarse como principal objeto de la prediccion. Jeroboam y su acompañamiento, vieron la division del altar partido en dos; debieron advertir las cenizas esparcidas, y quedar convencidos por ello de que algun dia el altar de Betél seria profanado, porque un rey descendiente de David haria quemar sobre él los huesos de los sacerdotes profanos que habian ofrecido allí sacrificios y quemado incienso. En fin, conviene advertir en lo que pasó en Betél con ocasion del altar profano, el milagro que Dios hizo por su profeta curando la mano seca de Jeroboam, y restituyéndola á su primer estado. Dios quiso autorizar todavia mas por este prodigio la prediccion del profeta. Los verdaderos milagros y las profecias bien averiguadas y seguras, son obras de la Omnipotencia y de la ciencia infinita de Dios que por estos rasgos quiere se reconozca su poder infinito y su magestad adorable.

Dios revelaba algunas veces su voluntad á personas culpables, y algunas aun á hombres cargados de graves delitos. De estos últimos tenemos un ejemplo en Balaam; aquel profeta tan corrompido por su avaricia (3) y por la depravacion de su corazon, que le hizo dar tan detestables consejos á Balac para corromper á los Israelitas. De los primeros menos abandonados, vemos un caso en el profeta anciano que vivia en Betél, el cual noticioso de que habia venido un profeta de la tierra de Judá, é informado de lo que habia predicho y practicado contra el altar, corrió á alcanzarlo cuando se volvía: lo engañó para hacerlo retroceder: le hizo quebrantar la orden expresa que habia recibido del Señor, persuadiéndole que comiese con él en Betél; y al tiempo mismo de la comida Dios habló á este profeta seductor (4), para descubrirle el designio que tenia de hacer perecer al que habia enviado contra Jeroboam, y de hacerlo morir, de manera que su cuerpo no seria colocado en el sepulcro de sus padres.

Dios se hizo conocer otra vez á Ahías de Silo, aquel profeta de quien hemos hablado, y le mando anunciar á la muger de Jeroboam todas las desgracias que debian sobrevenir á este rey impío (5); porque habiendo enfermado Abía hijo de este príncipe, la madre del niño fue á consultar al profeta: Dios le ordenó dijese á esta muger que se habia disfrazado para no ser conocida, que el ni-

(1) 4. Reg. xiii. 16.—(2) Isai. xlv. 28. xlv. 1.—(3) 2. Petr. ii. 15. Judic. ii.—(4) 2. Reg. xiii. 20. et seqq.—(5) 3. Reg. xiv. 7. et seqq.

no enfermo moriria de su dolencia; que la casa de Jeroboam pereceria enteramente; y que en pena de los pecados de que era culpable todo el reino, Israel seria disipado, y como arrancado de su tierra para ser trasportado mas allá del rio, es decir, del Eufrates, porque á imitacion de su rey habian plantado bosques profanos sobre las alturas, irritando con esto al Señor. Esta amenaza contra las diez tribus, fue ejecutada cuando Salmanasar rey de Assyria, tomó á Samaria el año noveno de Oseas rey de Israel (1), que corresponde al año 721 ántes de la era vulgar; y la palabra de Dios fue dirigida á la muger de Jeroboam hácia el año 974 ántes de la misma era. Así la prediccion antecedió al suceso cerca de 253 años.

En el tiempo de que hablamos, vivia en el reino de Israel un célebre profeta á quien Dios se dió á conocer. Este fue el profeta Elías (2), que se hizo tan famoso por sus profecías y por los prodigios que obró en tiempo del impío Acab, rey de Israel. Su celo por la gloria del Señor es comparado al fuego (3), y su palabra á la antorcha que ilumina. Hablando en nombre del Señor, cerró el cielo, y tres veces hizo caer fuego de él. Oyó sobre el monte Sina el juicio del Señor, y sobre el monte Horeb los decretos de su venganza: de este modo le habló Dios y le manifestó su voluntad.

Despues que Elías fue arrebatado en un torbellino, su espíritu descansó sobre Eliseo (4), quien animado del celo que habia recibido, jamas temió á los príncipes cuando vivia; y ninguno ha sido mas poderoso que él. Su cuerpo aun despues de muerto, ha hecho ver que era un verdadero profeta, pues un difunto colocado en su sepulcro, resucitó al instante. La Escritura dice expresamente (5) que la palabra del Señor se hallaba en él. El Señor le comunicaba sus luces, y le daba el poder de ejecutar milagros.

Casi por el mismo tiempo vivia en el reino de Judá un profeta llamado Azarías, hijo de Obed. No tenemos de él sino una prediccion, pero muy notable: la hallamos en el único lugar de la Escritura en que se habla de él. Habiéndosele comunicado el espíritu de Dios, dice el sagrado texto (6), salió al encuentro al rey Asá y le dijo: *Escuchadme, Asá, y vosotros todos los que sois de las tribus de Judá y de Benjamin: que el Señor sea con vosotros porque vosotros habeis estado con él: si le buscáreis le hallareis; mas si le dejareis, os dejará tambien; muchos dias pasarán en Israel sin el verdadero Dios, y sin sacerdote que los enseñe, y sin ley. Y cuando en medio de su angustia se convirtieren al Señor Dios de Israel y le buscaren, lo hallarán. En aquel tiempo no habrá paz para el que salga, ni para el que entre, sino espantos de todos lados en todos los habitantes de las tierras: porque peleará gente contra gente, y ciudad contra ciudad, porque el Señor los conturbará con toda angustia.* Nuestro Señor Jesucristo, habiendo hecho la aplicacion de esta profecía á las desgracias que habian de caer sobre Jerusalem despues de su muerte (7), nos declara que la prediccion se

(1) 4. Reg. xvii. 6.—(2) 3. Reg. xvii. 1.—(3) Eccli. xlviii. 1. et seqq.—(4) Ibid. v. 13. et seqq.—(5) 4. Reg. iii. 12.—(6) 2. Par. xv. 1. et seqq.—(7) Luc. xxi. 10.

cumpliría entonces; y todos pueden ver que los Judíos se hallan actualmente en ese estado infeliz en que no reconocen á Dios, pues rehusan reconocer á su Hijo; ellos viven sin ley y sin sacerdote, pues abolido el sacerdocio, la ley quedó abrogada tambien.

VIII.
Revelaciones desde los grandes Profetas hasta J. C.

En tiempo de los reyes fue cuando aparecieron los mayores profetas. A mas de los que acabamos de mencionar, todo el mundo sabe que Isaías profetizó en tiempo de Ozías, de Joatan, de Acáz, y de Ezequías. El profeta Oseas vivía y enseñaba bajo el reinado de los mismos príncipes, de Jeroboam II. rey de Israel, (1), contemporaneo de Ozías rey de Judá. Amós, que profetizó tambien en el mismo tiempo, señala la época de sus visiones, y dice (2), que estas sucedieron *dos años antes del terremoto* que se sintió segun la opinion de los antiguos judíos, el año 25 de Ozías que corresponde al de 785 ántes de la era vulgar. Miqueas profetizó bajo los reinados (3) de Joatan, Acáz y Ezequías. Estos precedieron á la ruina del reino de Israel, y anunciaron particularmente esta revolucion; y hasta el tiempo del cautiverio de Babilonia, Dios no cesó de suscitar profetas á quienes descubrió los designios que habia formado sobre Jerusalem y sobre el reino de Judá, para castigar la malicia de sus habitantes. Los profetas eran consultados en todas las cosas importantes, y no respondian sino segun las luces que recibian de Dios mismo. Se ven en Isaías y Jeremías predicciones verificadas por los sucesos; se encuentran en ellos exhortaciones patéticas, amenazas contra los príncipes y los pueblos, consuelos para los que sufrían con sentimientos de fe y de paciencia.

Ezequiel y Daniel profetizaron durante el cautiverio. La vuelta de los Judíos á su patria y la reedificacion del templo están bien marcadas en sus profecías. Hay en Daniel predicciones sublimes pertenecientes á la manifestacion y reino del Mesías; predicciones plenamente verificadas en Jesucristo al cual solo convienen; hay algunas que se extienden hasta el fin del mundo.

Despues del cautiverio todavia suscitó Dios profetas. Aggeo habló á los Judíos de parte del Señor, y les anunció la venida del Mesías, diciendo que *el deseado de todas las naciones vendria, y el Señor llenaria con su gloria el templo que entonces se reedificaba; de suerte que el honor que recibiria esta casa en aquel tiempo, lo haria aventajar la gloria del primero*, que fue destruido é incendiado por los Caldeos. El profeta Zacarías profetizó tambien despues del cautiverio, y entre muchas de sus predicciones que tocan al Mesías, hay una que nuestro Señor Jesucristo citó, cuando dijo que estaba escrito de él (4): *Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas*.

Malaquías profetizó tambien despues del cautiverio, y en su profecía se encuentran pruebas de que los sacerdotes sacrificaban ya en el templo comenzado á reedificar despues de la vuelta de Babilonia, pues los reprende de que ofrecían sobre el altar un pan manchado que no debiera presentarse al Señor: por esto el profeta les declara de su parte, que no tendrá por agradables sus sacrificios, ni recibirá la ofrendas de sus manos; *porque en adelante el nombre del*

[1] Os. i. 1.—[2] Amos. i. 1.—[3] Mich. i. 1.—[4] Zach. xiii. 7. Matth. xxvi. 31.

Señor será grande entre las naciones desde el Oriente hasta el Ocaso, y en todos los lugares se sacrificará y ofrecerá á su santo nombre una oblacion pura; lo cual indica dos cosas propias del reino de Jesucristo, á saber, la conversion de los gentiles y la oblacion del sacrificio de nuestros altares. Malaquías acaba su profecía por una exhortacion que da á entender, que despues de él no debia ya aguardarse una série seguida de profetas. *Acordaos, dice el Señor por su boca, de la ley de Moisés mi siervo que le di sobre el monte Horeb, para que llevase á todo Israel mis preceptos y mandamientos. Yo os enviaré al profeta Elías, antes que llegue el día grande y terrible del Señor* (1). El anuncia la venida de Elías, é implícitamente la de Juan Bautista que debia venir en el espíritu y virtud de aquel profeta, á preparar los caminos al Divino Salvador (2). Para conseguirlo es necesario, dice el profeta, que os acordeis de la ley de Moisés, de la ley que le fue dada sobre el monte Horeb para todo Israel.

Tal ha sido la sucesion constante de los profetas, es decir, de los hombres suscitados por Dios para anunciar al pueblo judío sus órdenes y voluntades. Despues de los últimos de que acabamos de hablar, no se vió alguno notable hasta Jesucristo. La ley y los profetas no dejaron de preparar á los hombres para su venida hasta S. Juan Bautista. Este profeta, y mas que profeta, mostró al Divino Salvador y lo hizo conocer como presente, á los que quisieron escuchar su voz que clamaba en el desierto, para excitar por sus predicciones á todo el mundo á la penitencia, á fin de que por este medio se preparasen los caminos de Jesucristo enviado para revelar á los hombres los grandes misterios que habian sido anunciados, pero que estaban aun oscuros y cubiertos para los ángeles mismos (3) segun San Pablo. El tiempo del Evangelio es el que podemos mirar como el tiempo de la grande é importante manifestacion. Antes de esta revelacion feliz, todas las anteriores estaban envueltas en tantas figuras, que al mismo tiempo que se veia en ellas el carácter de la Divinidad, se conocia que no tenian la plenitud y perfeccion que aguardaban de Jesucristo. Así el apóstol San Pablo dice que *Dios ha hablado en diversas ocasiones y de muchas maneras por los profetas; pero que en los últimos tiempos ha hablado de un modo mas claro por su Hijo querido que constituyó heredero de todas las cosas, y por el cual ha criado los siglos*, es decir, el mundo (4).

Lo que hemos dicho hasta ahora, es una prueba completa de la revelacion, sacada de los hechos por una sucesion no interrumpida, y un número muy grande de testigos que no se pueden suponer convenidos para engañar á los que tenian encargo de instruir en las voluntades del Señor. Hemos subido hasta Noé á quien Dios se hizo conocer, y que por muchas revelaciones supo lo que Dios le ordenaba. Encontramos despues á Abraham, uno de sus descendientes á quien Dios se manifestó repetidas veces. La misma gracia concedió á Isaac, y despues á Jacob; José, hijo del último, recibió el don de profecía. Desde Moisés tenemos un orden bien seguido de profetas y personajes inspirados, y él nos conduce hasta despues del cautivo-

IX.
Certeza
y necesidad
de la reve-
lacion.

(1) *Malach. iv. 4. b.*— (2) *Luc. i. 17.*— [3] *Tim. iii. 16.*— (4) *Heb. i. 1. 2.*

rio de Babilonia, por el espacio de mas de dos mil años contados desde Noé. Pero ¿quién podrá, no digo ya creer, mas sospechar siquiera, que la ilusion y seduccion hayan durado tan largo tiempo sin que nadie lo percibiese ni manifestase la menor duda? Se han visto revoluciones de los Judios contra sus gefes; se sabe cuanto tuvo que sufrir Moisés en el desierto mientras conducia á aquel pueblo siempre pronto á contrariarlo, é inclinado á la desobediencia. ¿Se trató jamás á este sabio gefe del pueblo, como seductor? El autorizó ademas lo que dijo y anunció de parte de Dios, con milagros y portentos; ¿se han puesto estos jamas en duda? Lo mismo podemos decir de la mayor parte de aquellos á quienes Dios se dió á conocer, y de cuyo ministerio se sirvió para manifestar sus voluntades. ¿Se puede pensar que la ilusion haya durado tanto tiempo y con tanta constancia? ¿Los profetas y hombres inspirados tenian las armas en la mano, y ejercian crueldades para obligar á todos á creer las revelaciones que aseguraban haber recibido de Dios? Al contrario, eran por lo comun muy débiles y faltos de todos los socorros del poder humano. A Elías se buscaba para quitarle la vida. Isaías fue muerto por órden del rey Manassés. Jeremías fue arrojado en un hoyo profundo donde no habia sino lodo inficionado. ¿Disminuia esto su valor? ¿No eran al contrario por lo mismo mas firmes y valerosos para anunciar las verdades que Dios les habia encargado intimar á los reyes y á los pueblos? No se puede pues dudar que el hecho de la revelacion es tan claro como una verdad demostrada.

Mas para venir á la cuestion de derecho, á saber, si era necesario que hubiese una revelacion, podemos asegurar que no hay mas que atender seriamente á la debilidad de nuestras luces, á la dificultad de descubrir las verdades que sirven de fundamento á la religion, á la bondad y sabiduría de Dios, en fin al consentimiento unánime de los que han querido establecer un culto y dar sobre religion leyes á los pueblos, para convencerse de que sin revelacion no se puede conocer bien lo que es necesario para determinarse á seguir una religion que tenga caracteres de verdad, capaces de fijar las incertidumbres del espíritu humano, espíritu siempre inconstante, si no lo sostiene y afirma la soberana razon. Alabemos pues, la sabiduría de Dios, y bendigamos su bondad y su misericordia porque para fijarnos en una Religion verdadera y sólida, ha querido manifestarse á los hombres inspirados, y hacerles conocer sus decretos, á fin de que podamos arreglarnos á ellos.

Establecida la revelacion por todas estas pruebas, es menester ya venir á la inspiracion concedida á aquellos que han puesto por escrito lo que Dios ha querido revelar á ellos mismos ó á otros. Esta inspiracion es la que da á las Escrituras santas toda la autoridad que tienen; y por eso S. Pedro para mostrar la dignidad y excelencia de los libros santos, dijo: *La profecía en ningun tiempo fue dada por voluntad de los hombres: mas los hombres santos de Dios hablaron inspirados del Espíritu Santo.* [1] Esto es precisamente lo que nos falta probar.

[1] 2. Petr. I. 21.

SEGUNDA PARTE.

Verdad y extension de la inspiracion de los libros santos.

Tres cosas hay que distinguir relativamente al modo con que los libros santos pueden haber sido inspirados. 1.º *La inspiracion* propiamente dicha. 2.º *La asistencia* ó socorro especial ó particular. 3.º Lo que se llama *la pia mocion*, que viene de lo alto, y que excita al escritor á escribir, y le da el pensamiento y la voluntad de no engañarse de intento, y de confiar en una proteccion particular que lo preserve de todo error.

I.
Medo con
que los li-
bros santos
pueden ha-
ber sido ins-
pirados.

La inspiracion propiamente dicha, es un movimiento por el cual Dios da á un autor la voluntad de escribir, y lo conduce cuando escribe de manera que le sugiere los pensamientos ó tambien las palabras, y lo preserva del peligro de apartarse de la verdad, ya en el sentido, ya en las expresiones.

La asistencia supone una determinacion de hablar sobre algun punto de doctrina ya revelado; y se puede definir: una direccion y socorro de Dios, por el cual el que pronuncia sobre algunas verdades de Religion no puede extraviarse ni engañarse en su sentencia. Este socorro es el que reconocemos prometido á toda la Iglesia, y que la hace infalible cuando decide en los concilios generales, ó sin reunirse, conviene en las decisiones de la Santa Sede, ó de los concilios particulares; lo cual da á las definiciones de ciertos concilios provinciales fuerza de leyes y de definiciones, como si hubieran emanado de concilios generales; como sucedió por ejemplo con las decisiones del segundo concilio de Orange acerca de la doctrina de la gracia.

La pia mocion no parece tener nada que no sea efecto de las gracias concedidas ordinariamente por Dios á los que emprenden escribir alguna cosa para su gloria, edificacion de la Iglesia y utilidad de los fieles; y esta piadosa disposicion no hace infalibles á los que trabajan por este fin. Podemos citar por ejemplo al piadoso autor del libro de la Imitacion de Jesucristo. Todo fue puro en su intencion; él se propuso dar reglas de una piedad sólida; inspirar sentimientos de verdadera devocion que no fuese ni artificiosa ni afectada; y es de creer que no se apartó de la verdad en ninguna de sus máximas. Un movimiento de devocion lo inclinó á escribir; se esforzó á seguir la verdad, y las reglas de la piedad verdadera y sólida; pero no por esto fue infalible; él no tuvo promesa de un socorro que lo librase de todo error y sorpresa; así absolutamente hablando pudo engañarse.

De aquí es fácil concluir que lo que se llama *pia mocion* no basta para que lo que un escritor compone, pase por escrito sagrado, porque para está es necesario tener seguridad de que el au-

tor no ha podido ser engañado ni sorprendido. Además, es necesario que estemos seguros de que lo que leemos en un libro mirado como sagrado, no es la palabra de los hombres, sino la palabra de Dios, y en la disposición en que estaban los Tesalonicenses, á quienes decia S. Pablo: *Damos á Dios gracias porque habiendo oído su palabra que os predicamos, la habeis recibido como es verdaderamente, como palabra de Dios que obra eficazmente en vosotros los que sois fieles.* (1) Así es que leyendo la Escritura debemos mirarla, no como palabra de hombres, sino como que es verdaderamente *palabra de Dios*; lo cual no le convendría, si el autor sagrado no hubiese tenido mas que la buena disposición que se llama *pia moción*.

En cuanto á la *asistencia particular* que libra de error á aquel á quien conduce, debe confesarse que basta para obtener nuestro respeto, y exige nuestra entera sumisión. En efecto, no podemos negarla á las decisiones de los concilios reunidos ni al consentimiento de los primeros pastores, que son guiados por esta asistencia, cuando se juntan para tratar algun punto de doctrina, ó para la libre y unánime aceptacion de una decision solemne. Pero esta asistencia que impide error, y que hace infalible la decision, basta para que lo decidido se pueda llamar verdaderamente *palabra de Dios*? ¿Y la Escritura santa no se halla en un grado de autoridad y excelencia superior á todas las definiciones de los concilios? Es verdad que San Gregorio dice que él recibia los cuatro primeros concilios generales como los cuatro Evangelios; pero esto no mira sino á la sumision que por nuestra parte es igual, aunque las cosas á que nos sometemos tengan grados de excelencia de diferentes especies. Cuando una y otra autoridad es infalible, todo es completo é igual de parte de nuestra sumision; mas queda siempre constante que la autoridad de las Divinas Escrituras es superior á la de las decisiones que pronuncian los concilios. Es menester pues, reconocer en las Divinas Escrituras alguna cosa que sea mas que la asistencia especial, y por consiguiente admitir *la inspiracion*, por la cual Dios comunica un soplo divino que determina al autor sagrado á escribir, y lo conduce de manera, que no solo no puede caer en el menor error ó el mas ligero equívoco, sino que todo lo que dice es la *pura palabra de Dios*.

Empleando aquí esta expresion *soplo divino*, no hacemos sino expresar la fuerza del término de que San Pablo se sirve en el original griego, para señalar la manera con que los autores sagrados son inspirados. *Toda Escritura divinamente inspirada*, dice el apóstol (en griego *comunicada por el soplo divino*), *es útil para enseñar* [2]. El habia hablado ántes de los libros del Antiguo Testamento, en cuya lectura Timoteo estaba versado; y de todos sin excepcion, pronuncia que toda la Escritura es *divinamente inspirada*.

El apóstol San Pedro, en el lugar poco ántes citado, (3) no usa de la misma expresion que San Pablo, pero emplea una equivalente. El dice que los santos profetas, autores de los sagrados li-

[1] 1. *Thess.* II. 13—[2] 2. *Tim.* III. 16. El griego dice: *toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar*.—[3] 2. *Petr.* I. 21.

Dios, han sido en cierto modo *impelidos por el Espíritu Santo* que los determinó á escribir: [*acti; impulsí;*] lo cual muestra que han recibido de él la impresión y movimiento que los condujo á escribir. Pero es cierto que este movimiento é impresión son cosas más fuertes que la dirección y asistencia.

Esto supuesto, no se concibe cómo algunos teólogos han podido avanzar, que no toda la Escritura es inspirada, y que una gran parte no ha sido escrita sino por la simple asistencia del Espíritu Santo; concedida á los escritores sagrados para preservarlos de todo error. Si sólo hubieran querido decir, como parece que algunos lo han entendido, que muchos escritores sagrados no han tenido necesidad de revelación, nada habría que reprehender en su sentencia, pues los Evangelistas, testigos de las acciones de nuestro Señor, no necesitaron para escribir su historia, sino del socorro de la *inspiración*; y San Lucas, en el principio de su Evangelio, hace conocer bastante que no necesitaba una *revelación* por la cual tuviese noticia de los hechos que él había investigado, y cuya verdad le era bien conocida por otra parte. Así en estas ocasiones en que se supone al escritor sagrado bien instruido, la revelación se hace inútil; pero no se ha de decir por esto que no es necesario entonces admitir la *inspiración*, como parece han querido sostener algunos teólogos católicos avanzando esta proposición: *No es necesario que todas las verdades y sentencias de los libros santos hayan sido inspiradas inmediatamente al que las ha escrito* [1]. La proposición habría sido menos temeraria; si no se tratase más que de hechos ó circunstancias de historia, que se saben por conductos seguros; pero ¿cómo rehusar la *inspiración* á los escritores sagrados para todas las verdades y sentencias de los libros santos? Esto es muy opuesto al juicio de los padres, como lo veremos pronto.

Otra proposición avanzada por los mismos teólogos, parece todavía más atrevida y peligrosa: *Un libro, dicen, tal por ejemplo como el segundo de los Macabeos, escrito acaso por industria humana, y sin la asistencia del Espíritu Santo, viene á ser Santa Escritura si el Espíritu Santo testifica después que no contiene nada falso* [2]. Ved aquí suposiciones que chocan al modo de pensar común, y que reducen la autoridad toda divina de las Escrituras Santas á muy poca cosa.

Es menester confesar que entre los teólogos que han reconocido la necesidad y verdad de la inspiración, hay una diferencia de opiniones en cuanto á la aplicación que debe hacerse de esta inspiración á lo que contiene la Escritura Santa; porque estos divinos libros, como todos los otros, están compuestos de dos cosas, á saber, el sentido y las expresiones. Lea yo la Escritura en el texto original ó en una versión exacta y bien hecha, siempre encontraré el mismo sentido, pero las expresiones serán diferentes. En las cosas que dos ó tres Evangelistas refieren, se encuentra el mismo sentido, pero los términos no son los mismos.

La mayor parte de los antiguos teólogos han pensado que el Espíritu Santo inspiró y condujo de tal modo á los autores sagrados,

II.

Distincion
entre la reve-
lacion y la
inspiracion.

(1) *Censur. Lovan. an. 1588*—[2] *Vide eand. Censur.*

que no hay la menor cosa en sus escritos, sea en cuanto al sentido y el fondo de las verdades, sea aun en cuanto á las expresiones, que no haya sido inspirada. Este era el juicio de la facultad de teología de Lovaina hácia el fin del décimo sexto siglo, rigorosamente defendido por los mas célebres teólogos de aquella escuela, principalmente por el docto Estio, en su comentario sobre la segunda epístola de San Pablo á Timoteo (1). Se puede ver lo mismo en el comentario de Fromond sobre la segunda epístola de S. Pedro (2). Muchos han pretendido despues que es inútil para establecer la verdad é infalibilidad de las cosas contenidas en los libros santos, recurrir á una inspiracion que se extienda hasta las expresiones. Basta, dicen ellos, que sean inspirados los pensamientos, y no es necesario que tambien lo sean las palabras. Es verdad que para establecer la infalibilidad y certeza de las cosas contenidas en las Escrituras, no se necesita que sean inspiradas las expresiones, pues las decisiones de la Iglesia son ciertas é infalibles, sin que sean inspirados los términos que las explican. Pero se podria decir que esta inspiracion de expresiones es necesaria, á fin de que pueda decirse de la Escritura, que es la palabra de Dios, los oráculos de Dios, *Eloquia Dei*, como dice el Apóstol (3). Esto es lo que examinaremos despues de haber establecido la verdad de la inspiracion por la autoridad de la Escritura y de la tradicion.

III.
Verdad de la
inspiracion
probada por
la autoridad
misma de la
Escritura.

Se hallan en la Escritura muchos lugares en que se declara que lo contenido en los libros santos *es la palabra de Dios*; y que lo anunciado por los profetas les habia sido comunicado para que lo comunicasen á otros, como palabra de Dios. Hemos visto el modo con que Isaias comienza sus profecías: *Oid cielos*; [4] *escucha tierra, porque el Ser Supremo es quien habla*. Dios dijo á Jeremías: *He aquí que yo pongo mi palabra en tu boca* [5]. Cuantas veces en este mismo profeta y en varios otros, se leen estas expresiones: *La palabra del Señor me ha sido dirigida*: [6] y esta era la palabra que ellos dirigian despues al pueblo, segun la orden de Dios: *Habladles, y no dejes de decirles todo lo que yo os ordeno* [7]. Así despreciando lo que los profetas les decian de parte de Dios, despreciaban á Dios mismo; y en este sentido nuestro Señor Jesucristo decia á sus apóstoles. *El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; y el que me desprecia, desprecia al que me ha enviado* [8]. En otros lugares este Divino Salvador promete á sus apóstoles darles *una boca y una sabiduría á la cual todos sus enemigos no podrán resistir*. Les advierte tambien que cuando se presenten ante los tribunales para dar cuenta de su doctrina, no deben afligirse sobre lo que responderán, porque no tendrán necesidad de hablar ellos mismos: *El Espíritu de mi Padre será quien hable en vosotros* [9]. Segun este principio los primeros cristianos recibian lo que los apóstoles les enseñaban con total sumision; escuchando sus instrucciones como palabras del mismo Dios. Y si se supone como cosa efectivamente indudable que los apóstoles eran

(1) C. iii. 16.—(2) C. i. 21.—(3) Rom. iii. 2.—(4) Isai. i. 2.—(5) Jerem. i. 9.—(6) Jerem. i. 4. et alibi passim.—(7) Jerem. i. 17.—(8) Luc. x. 16.—(9) Matt. x. 20.

conducidos, dirigidos é inspirados de un modo todo divino para predicar la doctrina de Jesucristo, ¡con cuánta mas razon debemos persuadirnos que eran divinamente conducidos, dirigidos é inspirados, cuando ponian por escrito lo que habian predicado para transmitirlo á sus sucesores en el ministerio apostólico, y generalmente á cuantos habian de creer en Jesucristo en toda la serie de los siglos! Porque en fin, los escritos de los apóstoles debian ser como una predicacion perpetua y continuada en todos los siglos hasta la segunda venida de Jesucristo. Y nosotros debemos mirarlos como monumentos siempre subsistentes de la doctrina de Jesucristo, que continúa hablándonos é instruyéndonos en estos libros divinos.

En segundo lugar la Escritura Santa afirma mas de una vez, que el Espíritu del Señor ha hablado por boca de los autores de los libros sagrados. *El Espíritu del Señor*, dice David, *habló por mí, y su palabra por mi lengua*. [1] San Pedro en el primer discurso que dirigió á los fieles, despues de la Ascension, reconoce que el Espíritu de Dios habló por boca de David. *Es necesario*, dice este apóstol, *que se cumpla lo que el Espíritu Santo predijo en la Escritura por boca de David* [2]. Y nuestro Señor citando un pasage del salmo cix dice que David inspirado é ilustrado *por el Espíritu de Dios* llamó á Mesías su Señor [3]. El Espíritu de Dios elevó á Ezequiel, y habiéndolo trasportado hasta la puerta oriental de la casa del Señor, le dijo: *Profetiza. Al mismo tiempo el Espíritu del Señor se apoderó de mí*, dice el profeta, *y me dijo: habla: vé aquí lo que dice el Señor* [4]. El Espíritu del Señor le dicta las palabras que su boca pronuncia. Lo que ántes citamos de S. Pablo, que dice que toda Escritura *divinamente inspirada es útil para enseñar*; [5] y lo que leemos en S. Pedro, que los santos escogidos de Dios han hablado *impelidos y conducidos por el Espíritu Santo*, prueba la misma verdad, y hace ver que los profetas y escritores sagrados no han sido mas que como instrumentos de que el Espíritu de Dios se ha servido para decir y escribir lo que les era inspirado (6). En este sentido entendieron algunos Padres las palabras de David: *Mi lengua es la pluma de un escribiente que escribe con velocidad* [7]. Sin esta inspiracion no se puede entender cómo la Escritura Santa se llamaria palabra de Dios, *eloquia Dei*. [8] Solo á ella, entre todos los escritos, aun los mas respetables, conviene esta denominacion. Por respetables que sean las definiciones de los concilios infalibles en sus decisiones, no pueden llamarse palabra de Dios; esto no conviene sino á los libros divinamente inspirados. De todas estas autoridades sacadas de los libros santos, á las cuales podrian aun añadirse otras muchas en que la Escritura se llama siempre palabra de Dios, *Factus est sermo Domini: Factum est verbum Domini* &c., se concluye con razon que todo lo contenido en las Divinas Escrituras, ha sido inspirado y dictado por el Espíritu Santo.

Los Padres de la Iglesia han enseñado en términos expresos la

(1) 2. Reg. xxiii. 2.—(2) Act. i. 16.—(3) Matt. xxii. 43.—(4) Ezech. xi. 1. et seq.—(5) 2. Tim. iii. 16.—(6) 2. Petr. i. 21.—(7) Ps. xlii. 2.—(8) Rom. iii. 2.

misma doctrina. „Leed, dice el Papa San Clemente en su epístola „á los Corintios, leed las Escrituras Santas que son los oráculos del „Espíritu Santo, y estad bien persuadidos de que nada contienen „injusto, fabuloso ó falso.” San Justino en su apología dirigida á los Emperadores, afirma que no debe atribuirse á los profetas inspirados lo que ellos dicen; sino que debe referirse al Verbo de Dios que les inspira. Y en su diálogo contra Trifon, sostiene la verdad de las Santas Escrituras, en las cuales dice no se puede encontrar la menor falsedad ni contradicción alguna. El autor de la exhortación á los gentiles, que suele unirse á las obras de San Justino (porque muchos críticos se la atribuyen con bastante verosimilitud), enseña que los escritores sagrados no han necesitado arte para componer, y que no han escrito con espíritu de disensión y de animosidad, porque les bastó purificarse, para recibir la operación del Espíritu Santo que descendiendo del cielo, se sirvió de los hombres escogidos para esto como del arco con que se pulsa un instrumento músico, á fin de revelarnos el conocimiento de las cosas celestiales y divinas. La comparación es muy fuerte, y explica con mucha energía el influjo de la operación del Espíritu Santo en los que son inspirados, para hacerles escribir lo que tiene á bien revelarnos. Ellos se convierten en órganos de que Dios se sirve para hablar á los hombres.

San Ireneo, en su tratado contra las heregias (1), sostiene que estamos obligados á someter nuestro espíritu á todo lo que se halla en los libros santos, porque la Santa Escritura es perfecta, como dictada por el Verbo de Dios y por su Espíritu. Si es dictada, es por consiguiente inspirada. En otra parte dice que en los libros de Moisés, Moisés es quien escribe, pero Jesucristo quien habla. *Moyseis litterae, verba sunt Christi* (2). Atenágoras, célebre apologista de la Religión Cristiana en su tratado titulado: *Legación dirigida á los emperadores M. Aurelio, Antonino y Aurelio Comodo*, á los cuales da el epíteto de filósofos, dice que los sacerdotes y sabios del paganismo, habían hecho algunos esfuerzos para averiguar la verdad, y habían creído poder encontrarla por sus propias fuerzas, teniendo demasiada confianza en su espíritu é industria; pero que no habían podido llegar á aquel, cuya fuerza y poder son infinitos, porque no se habían dirigido á Dios mismo, del cual debían esperar que les comunicase las luces necesarias. „Por esto, añade, „se engañaron hablando de Dios, de la materia y del mundo; pero nosotros tenemos por testigos de nuestros dogmas, y de nuestra fe „á los profetas que han hablado de las cosas divinas guiados é iluminados por el Espíritu Santo. Nosotros, oh emperadores, apelamos á „vuestro juicio y á la piedad que profesais hácia la Divinidad, en la cual „sois superiores á todos los demás; ¡es justo y digno de la razón de que „el hombre está dotado, querer decidir por razones puramente humanas de una fe y de una Religión apoyadas sobre la autoridad del Espíritu Divino que ha conducido y dado movimiento á los profetas, sirviéndose de sus bocas como se hace uso de los instrumentos?” Hé aquí una comparación que repite aquella de que se sirvió el autor de la exhortación á las naciones.

(1) L. 1. c. 46 et 47.—(2) L. II. c. 8.

Tertuliano escribiendo contra un herege llamado Hermógenes, que pretendia que Dios en la creacion se sirvió de una materia preexistente, lo refuta con textos de la Escritura tomados del Génesis, y antes de referirlos establece su autoridad de esta suerte: „El Espíritu „Santo, dice, (1) ha conducido de tal modo el orden de su Escritura „*Scripturae suae*, que al mismo tiempo que refiere lo que ha hecho, señala de qué y de dónde ha sido aquello producido.” Esta expresion es notable, la *Escritura del Espíritu Santo*; no es pues composicion ó Escritura de Moisés, sino del Espíritu Santo. ¿Se puede significar de un modo mas expreso la inspiracion de los libros de la Escritura Santa? El añade despues: „Si el Espíritu Santo ha tenido tanto cuidado „de instruirnos, para hacernos conocer de donde tomaban su origen „las criaturas, ¿no habria señalado tambien de qué fueron producidos „el cielo y la tierra? Yo adoro pues, añade Tertuliano, la plenitud de „la Escritura que me hace conocer al Criador y á sus obras.” Luego el Espíritu Santo es quien nos habla en las Escrituras; y es de tal modo su autor, que Tertuliano las mira como dignas de adoracion: *Adoro Scripturae plenitudinem*. ¿Se puede reconocer y establecer mas claramente la inspiracion que da tanta dignidad á las Escrituras Santas?

San Clemente Alejandrino no es menos expreso al establecer esta verdad; porque él dice (2) que la boca del Señor que es el Espíritu Divino, ha pronunciado lo que está en la Escritura; que Dios es nuestro único dueño, y que la Escritura es verdaderamente Divina, como el apóstol San Pablo lo enseña en su epístola á Timoteo, en que le recomienda leer las *Sagradas Letras*, á las cuales se ha dado este nombre porque consagran y deifican á los hombres, y que los libros que las contienen son llamados por el mismo apóstol *Escritura divinamente inspirada*. Orígenes nota (3) que los Judíos y los Cristianos convienen en esta verdad, que los libros de la Escritura Santa fueron escritos por inspiracion del Espíritu Santo. San Cipriano dice: *El Espíritu Santo habla en las Divinas Escrituras* (4).

Eusebio refiere entero el pasaje de un escritor eclesiástico que habia refutado á Artémon, enemigo declarado de la Divinidad de Jesucristo. Este herege y sus sectarios añadian, truncaban y corrompian las Divinas Escrituras, segun su fantasía, de modo que se podia convencerles fácilmente de que derribaban lo que habian primero adoptado y establecido. „No es creible, dice el autor eclesiástico citado por Eusebio (5), que estos hereges no conozcan ellos mismos que „el obrar de esta suerte es el efecto de una osadía y temeridad desmedidas; porque si no creen que las Santas Escrituras son dictadas „por el Espíritu Santo, se les debe mirar como infieles; y si se creen „á sí mismos mas sabios que el Espíritu de Dios, se deben ver como „personas poseidas del demonio.” En opinion de este antiguo autor eclesiástico, los que atacan la inspiracion de los libros sagrados, deben pues ser colocados en la clase de los infieles. El mismo Eusebio exponiendo su parecer en el libro XIII de la Preparacion evangélica (6), dice que los oráculos, esto es, los libros de la Escritura de los Hebreos, contienen predicciones y revelaciones divinas; que todo lo que se encierra

V.
Continuacion de los testimonios de la tradicion.

(1) *Ter. adv. Her. c. 29.*—(2) *Exhort. ad. Gentes.*—(3) *Contra Cels. l. v.*—(4) *Lib. de opere et. aleamos.*—(5) *Hist. l. v. c. 29.*—(6) *C. xiv.*

en ellos tiene una fuerza y una energía enteramente divina, inimitablemente superior á los libros de los hombres; y que por esto se conoce que Dios es su autor.

San Atanasio, en el libro de la Interpretacion de los Salmos dirigido á Marcelino, habla así de todos los libros santos en general: *Toda la Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento, ha sido compuesta por inspiracion del Espíritu Santo*. No dice simplemente asistencia ó direccion; esta no seria bastante; él reconoce *la inspiracion*. La misma doctrina se encuentra en muchos lugares de las obras de S. Basilio. Hé aquí como habla en su prefacio sobre los Salmos: „Todas las Escrituras divinamente inspiradas, nos han sido dadas por el Espíritu Santo, á fin de que siendo como un almacén lleno de toda especie de remedios para la curacion de nuestras almas, cada uno pueda encontrar allí los que „son propios para sus enfermedades particulares.” Este gran Santo no hace excepcion alguna; dice en general que todas las Escrituras Santas han sido divinamente inspiradas, y dadas por el Espíritu Divino. „Uno de los mejores medios, dice el mismo escribiendo á S. Grégorio Nacianceno, para aprender cada uno á cumplir sus deberes, es la meditacion y estudio de la Escrituras divinamente inspiradas.” San Hilario en su coméntario sobre el Salmo cxviii, dice que la Escritura Santa ha sido la plenitud de una inteligencia celeste que nuestro entendimiento, tan limitado en sí mismo se ha encontrado capaz de recibir por la bondad de Dios. Apliquémonos pues, concluye este Santo Doctor, *á la lectura de los libros divinos*. ¿Podrian llamarse así no siendo escritos por inspiracion?

VI.

Siguen los testimonios de la tradicion.

San Ambrosio recomienda en diferentes lugares la excelencia y dignidad de la Escritura Santa, diciendo que cuanto contiene es *la palabra de Dios*; lo que no puede convenirle sino en cuanto el Espíritu Santo ha hablado por los profetas, y les ha inspirado lo que escribieron. Y esto es lo que este santo doctor dice claramente en su epístola á Justo (1). „Muchos, dice, niegan que nuestros autores „hayan escrito por arte, y nosotros no estamos distantes de este parecer; porque ellos no escribieron por arte sino por la gracia que es superior á cualquier arte, porque escribian lo que el Espíritu Santo les „inspiraba.” San Jerónimo, en muchos lugares de sus obras, sostiene que las Escrituras son enteramente divinas, porque el Espíritu Santo es su autor; y en el prefacio sobre la epístola de San Pablo á Filemon refuta largamente á los que decian que por la boca de San Pablo no siempre habia hablado Jesucristo. El sostiene en este lugar que lo que parece menos elevado en aquella carta del grande apóstol, no dejó de serle inspirado como las mayores cosas que se encuentran en cualquiera de sus escritos; porque como dice San Jerónimo: „Es efecto de un mismo poder descender hasta lo mas pequeño des„pues de haberse ejercitado en lo mas alto.” San Epifanio despues de haber dicho, (2) que los Anómios, verdaderos Arrianos, viéndose urgidos por los testimonios de S. Pablo, para desembarazarse de una autoridad de que se sentian agoviados, respondian que el apóstol habia hablado algunas veces como hombre sin ser conducido ni iluminado por el Espíritu Divino; y despues de haber referido esta evasion, la rechaza como

(1) 8. in edit. PP. Beget.—(2) Hæres. 78.

una especie de blasfemia que se encamina á arruinar enteramente la autoridad y divinidad de las Santas Escrituras, en las cuales sostiene en otra parte, y con razon (1), que no pueden hallarse contradicciones, ni el menor yerro, porque el Espíritu de verdad es su autor.

San Juan Crisóstomo es uno de los padres que mas han exaltado la dignidad y excelencia de las Escrituras Divinas. „Si las palabras comunes y ordinarias, dice este Padre, (2) tienen la fuerza de conducirnos á la virtud, ¿por qué haceis tan poco caso de las palabras de la Escritura? ¿No comprendéis que si la advertencia de un hombre puede mucho para rectificarnos, deben ser mas poderosas las que Dios nos hace por la gracia del Espíritu Santo? Porque la palabra de Dios que se conserva en las Escrituras es como un fuego que abrasa el alma del que la escucha.” En otra homilia (3) dice que la Escritura tiene una gran virtud y una fuerza excelente, y mucha riqueza y abundancia de sentido en pocas palabras. De donde concluye, que es menester atender mucho cuando la leemos ú oímos, é investigar bien su sentido para sacar mas provecho; por esto añade, que nuestro Señor Jesucristo nos ordena profundizar el sentido de las Escrituras, y no contentarnos con una lectura superficial, á fin de percibir el verdadero sentido; „porque es costumbre de los escritores sagrados darnos en pocas palabras una gran multitud de sentencias. Cuanto enseñan en la Escritura es doctrina toda divina; nada hay allí de humano; un solo término de la Escritura basta para darnos un gran fondo de doctrina y de conocimientos.” El mismo santo doctor explicando el texto de San Pablo: *Toda Escritura divinamente inspirada es útil* &c., (4) ó como dice el griego y leía desde entonces San Crisóstomo, *toda Escritura es divinamente inspirada y útil* &c.; el Santo pregunta, de qué Escritura habla el Apóstol, y responde, que habla de aquella en la cual ha dicho que Timoteo habia sido instruido desde su juventud; de donde concluye que toda Escritura es *divinamente inspirada*, que toda es santa, y que de ninguna manera puede dudarse de ello; y añade que si se quiere aprender alguna cosa, de esta fuente ha de tomarse.

Seria necesario copiar gran número de pasages de San Agustin, si se quisiese referir todo lo que dice acerca de la inspiracion de los libros santos. „El único medio, dice este santo doctor, (5) para librarnos de todo engaño, es seguir la luz del Mediador. El habló primero por los profetas, despues por sí mismo, y en fin por los apóstoles, segun lo creyó á propósito; y así compuso una Escritura á la que damos fe, sobre lo que no conocemos; porque como en las cosas que no hemos presenciado estamos obligados á referirnos á los que las han visto, lo mismo sucede en las cosas que no caen bajo los sentidos.” Es muy notable la expresion de San Agustin; quien dice que Jesucristo ha compuesto la Escritura que se llama canónica: *Ipsè condidit*. En otro lugar (6) enseña que no importa, para la verdad de las cosas que han pasado al tiempo de la manifestacion del Verbo, que los que las han escrito hayan visto á nuestro Señor y conversado con él,

VII.
Siguen los
testimonios
de la tradi-
cion.

(1) 1^a Tim. 2. 17. — (2) Rom. 2. 13. — (3) 37 in. Genes. — (4) Rom. 9 in. Epistol. 2 ad Tim. — (5) De Civ. l. 13 c. 3. — (6) De Cons. Evang. l. 1. c. 1.

ó que las hayan sabido por otra parte; porque ha sido un efecto de la Divina Providencia, que el Espíritu Santo haya dado á algunos de los que seguian á los apóstoles, esto es, á San Marcos y San Lucas, la autoridad de anunciar y de escribir el Evangelio. El Espíritu Santo es pues el que conduce y guia á los autores sagrados al escribir; y el mismo Espíritu es el que da autoridad á lo que escriben. Pero de todos los lugares en que San Agustin se explica sobre la inspiracion, no hay otro en que mejor se pueda conocer su modo de pensar, que en el que vamos á referir y desenvolver. El Santo se propone (1) explicar cómo S. Mateo ha podido decir que se encuentra en Jeremías este pasage de la Escritura. „Ellos han tomado treinta piezas de plata, que es la estimacion de aquel que ha sido puesto en precio, y que „los hijos de Israel han apreciado; y han sido dadas para comprar el „campo de un alfarero, como el Señor lo ha ordenado.” Hallándose este pasage en Zacarías, y no en Jeremías, San Agustin despues de haber propuesto algunos medios para resolver esta dificultad, ocurre en fin á decir, que á tiempo que San Mateo escribia, el nombre de Jeremías se habia presentado á su memoria conducida y gobernada por el Espíritu Santo, y que el Señor habia querido que él lo escribiese así, y no corrigiese la aparente falta, aunque advertido despues de ella la hubiera podido notar (2). Pero suponiendo que Dios le hubiese ordenado escribir *Jeremías* mas bien que *Zacarías*, „ved aquí, dice San „Agustin, una razon muy justa á que se puede atribuir el haber obrado de esta suerte; para que se conociese que todos los profetas eran „conducidos de tal modo por un solo espíritu, y estaban tan de acuerdo „por el movimiento de este mismo espíritu, que su union era mas grande que si todos hubieran tenido la misma boca de un solo hombre „para expresar sus pensamientos y dar sus oráculos; debiéndose reconocer sin dificultad que todo lo que el Espíritu Santo ha dicho por „su ministerio, les es comun, de manera que lo que cada uno dice pertenece igualmente á todos los otros, y lo que todos han dicho pertenece igualmente á cada uno.” Se deben advertir en este pasage de San Agustin tres expresiones que dan bien á conocer su sentencia sobre la inspiracion. Primero, él asegura que la memoria de los escritores sagrados es conducida por el Espíritu Santo; en términos que no pueden incurrir en defecto por esta parte: *Recordationi suæ quæ Sancto Spiritu regebatur*. Dice lo segundo, que todos los profetas han hablado por el mismo Espíritu: *Omnes sanctos prophetas uno spiritu locutos*. De donde concluye que es menester creer indudablemente que todo lo que el Espíritu de Dios ha dicho por medio de ellos, pertenece igualmente á todos y á cada uno: *Et ideo indubitanter accipi debere, quaecunque per eos Spiritus Sanctus dixit, et singula esse omnium, et omnia singulorum*. Despues de este testimonio, seria inútil citar otros de este santo doctor, el cual no puede explicarse mas clara y positivamente que lo hace en este lugar para darnos á conocer su dictámen sobre la inspiracion.

(1) *De Cons. Evang.* l. iii n. 29 et. 30.—(2) Algunos creen que es un verdadero equívoco, pero que no proviene sino de los copistas. S. Agustin mismo advierte que hay ejemplares en que el profeta no se nombra.

Juntemos algunos testimonios de los antiguos para hacer completa nuestra tradicion, á lo menos hasta el sexto siglo; despues de lo cual fuera ocioso añadir y amontonar pasajes de escritores eclesiásticos, porque nadie puede poner en duda el consentimiento perfecto y unánime de los autores que han escrito despues de San Gregorio el Grande. Uno de los mas sabios que vivió hácia la mitad del siglo quinto, y que habia escrito ántes del concilio de Calcedonia tenido en 451, es el célebre Teodoreto. Sus comentarios sobre la Escritura son generalmente estimados; y se puede decir que despues de San Juan Crisóstomo, es el que mejor ha explicado la letra de la Escritura entre los padres griegos. Hé aquí como se expresa sobre la inspiracion en su prefacio sobre los Salmos: „Conviene saber que la „propiedad de la profecía no es solo anunciar lo venidero, sino tambien referir lo presente y lo pasado; así el divino Moisés nos ha referido todo lo que el Dios del universo hizo desde el principio, instruyendo no tanto por los hombres cuanto por el Espíritu Santo.... El „Divino David ha hablado tambien en sus Salmos de las maravillas que „Dios habia hecho por su pueblo y de las que habia de hacer en lo futuro. Algunos sostienen que no todos los Salmos son de este santo „rey, sino que algunos son compuestos por otros: sobre lo cual nada „quiero asegurar; y en realidad poco importa que todos sean suyos, ó „que una parte haya sido compuesta por otros, pues es constante que „todos han sido escritos por inspiracion del Espíritu Santo; porque „sabemos que David fue profeta y los demas de quienes se habla „en los Paralipómenos lo fueron tambien. Y es propiedad de los profetas que su lengua sea el órgano del Espíritu Santo, segun está escrito en los Salmos: *Mi lengua es como la pluma de un escribiente „que escribe con velocidad.*” Debe notarse en este pasaje de Teodoreto, que la *profecía* se toma por *inspiracion*, y el nombre de *profetas* se pone generalmente por el de *autores inspirados*. Lo cual advierte el mismo. Es claro tambien que por *gracia del Espíritu Santo* entiende aquellas luces, aquella direccion especial; en una palabra, los movimientos é inspiraciones por las cuales el Espíritu de Dios de tal manera ha hecho obrar, hablar y escribir á los hombres inspirados, que no solo han sido preservados de todo peligro de caer en error, sino que sus escritos han tenido el privilegio de llamarse y ser verdaderamente *palabra de Dios*.

Lo que Teodoreto dice del libro de los Salmos, á saber: que importa poco conocer quién ó quiénes los escribieron, debe traernos á la memoria que San Gregorio se sirvió del mismo pensamiento con respecto al libro de Job. Como las opiniones están bastante divididas sobre el autor de esta obra divina, San Gregorio dice, (1) que algunos la han atribuido á Moisés, lo cual no aprueba. Añade que otros creen que ha sido compuesto por alguno de los profetas, persuadidos de que ninguno otro habria sido capaz de usar expresiones tan misteriosas y sublimes, no estando su alma tan elevada sobre las cosas de la tierra por el espíritu de profecía. El santo papa, despues de exponer las diferentes opiniones, decide la cuestion suponiendo que todos los autores

VIII.
Siguen los
testimonios
de la tradi-
cion.

(1) *Praef. Moral. in Job.*

sagrados han sido conducidos, inspirados y dirigidos por el Espíritu Santo, de manera que sus escritos deben mirarse como obra del Espíritu divino. „Es inútil, dice San Gregorio, tomarse el trabajo de averiguar quién „ha compuesto este libro, pues los fieles no dudan que el Espíritu Santo „es su autor. Verdaderamente pues, el Espíritu de Dios es quien lo ha escrito, como que él ha dictado las palabras para hacerlas escribir. El „Espíritu de Dios es quien lo ha escrito, como que él ha inspirado los „pensamientos al autor que lo ha compuesto, y se ha servido de sus „palabras para transmitirnos acciones virtuosas que podamos imitar. Pasaríamos por ridículos, continúa San Gregorio, si leyendo las cartas „que hubiésemos recibido de algun gran personage, olvidáramos á un „tiempo la persona del autor y el sentido de sus palabras, por divertirnos en averiguar inútilmente con qué clase de pluma las escribió. Así, „si despues de haber sabido que el Espíritu Santo es el autor de esta „obra, nos detenemos con demasiada curiosidad en examinar quién la „ha escrito, ¿qué otra cosa hacemos sino disputar de la pluma, mientras „podemos aprovecharnos útilmente de las cartas que tenemos á la vista? Nada mas positivo ni mas claro puede decirse sobre la inspiracion de los autores sagrados que han escrito los libros divinos de la Escritura Santa. La comparacion de que se sirve San Gregorio, está llena de energía y de luz, y no puede acomodarse á la opinion de algunos teólogos, que han querido contentarse con admitir una simple asistencia ó proteccion que librase á los autores sagrados de incurrir en alguna falta. San Gregorio se adelanta mucho mas, y dice cuanto se necesita para inferir que todo lo contenido en la Escritura, es verdaderamente palabra de Dios: *Sicuti est verè verbum Dei*. [1]

Despues de tantas pruebas sacadas de la Escritura y de la tradicion, se puede racionalmente concluir, que todos los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, han sido escritos por inspiracion del Espíritu divino; que él es quien ha conducido de tal modo los pensamientos y la pluma de los que han compuesto estas divinas obras, que no han caído en error ni por lo que toca á la doctrina de la fe y de las buenas costumbres, ni aun en alguno de los hechos históricos que refieren, lo cual coloca sus escritos en el mas alto y perfecto grado de autoridad.

IX.
Respuesta
á algunas dificultades sobre la inspiracion, Distingucion va-
na entre lo que parece mas ó menos digno de ella.

Habiendo establecido por testimonios tan ciertos y positivos la verdad de la inspiracion, es oportuno examinar ya las dificultades que se proponen sobre este asunto. Comenzaremos por exponer la opinion de algunos que en tiempo de San Jerónimo, (2) decian que los profetas ó escritores sagrados no siempre habian tenido al Espíritu Santo que hablase en ellos. Creian, por ejemplo, que San Pablo no habia sido inspirado para escribir á Timoteo cuando le rogaba que le trajese su capa que habia dejado en Troada en casa de Carpo, ni cuando le decia que solo San Lucas estaba con él. ¿Qué necesidad hay, dicen ellos, de admitir en San Pablo una inspiracion para comunicar á Timoteo que habia dejado á Trofimo enfermo en Mileto? Tampoco creen que la epístola de San Pablo á Filemon haya sido inspirada, como por ejemplo, la que dirigió á los Efesios, cuyo asunto parece mucho mas

(1) 1. *Thess. ii. 13.*—(2) *Hier. Ep. ad Ph. et comment. in Matth. c. 5.*

elevado, pues el Apóstol trata en ella de los grandes misterios de la Encarnación del hijo de Dios, de la elección de los escogidos y de la santidad de nuestra vocación.

Pero, según la advertencia de San Agustín, (1) si se reconoce en un libro de la Escritura la menor cosa que haya sido escrita sin el socorro y dirección del Espíritu Santo, por un movimiento enteramente humano, toda la autoridad de los libros santos se reduciría á nada y caerá en ruinas; ya no se podrá distinguir lo que viene del Espíritu de Dios, de lo que viene del espíritu del hombre: así no habrá medio seguro para saber si es el Espíritu de Dios ó el Espíritu humano quien habla. Se dice, á la verdad, que cuando se trata de alguna materia importante, entónces habla el Espíritu de Dios; y cuando la cosa es de poca consecuencia, habla el espíritu del hombre. Pero ¿quién podrá distinguir con certeza lo mas de lo ménos importante? ¿Debemos abandonar esta decision al capricho y al gusto particular de cada uno? Esto seria abrir la puerta al fanatismo.

Se dice sin embargo, que San Pablo autorizó esta pretendida distincion entre las cosas que escribe él mismo; porque en su primera epístola á los Corintios, después de haber dicho que los casados no deben separarse, ó que si la muger se separa debe permanecer sin casarse ó reconciliarse con su marido; el cual debe hacer lo mismo, porque tal es la orden del Señor: *No soy yo, dice el Apóstol, sino el Señor quien se los manda*; añade despues: *En cuanto á los otros, no es el Señor sino yo quien les dice esto* (2). Y de aquí pasa á algunos otros puntos sobre los cuales les da sus consejos. De lo cual quieren deducir que si San Pablo escribiese por inspiracion todo lo que leemos en sus epístolas, no diria en este lugar: *Yo soy quien digo esto y no el Señor*; porque si hubiera recibido por inspiracion aquel consejo para darlo á los otros, la verdad seria que el consejo viene del Señor. Porque á la manera que es palabra de Dios todo lo que se declaró por revelacion á los profetas, y estos no podian decir entónces: *Yo soy quien digo esto y no el Señor*; así San Pablo recibiendo del Señor el consejo que da á los Corintios, no deberia decir: *Yo soy quien digo esto y no el Señor*.

Para comprender bien el sentido de las palabras de San Pablo, es menester reflexionar que este Santo Apóstol llama *precepto ó mandamiento del Señor*, lo que Jesucristo ha ordenado y prescrito en el Evangelio; y reconoce despues que á mas de aquellos preceptos, los apóstoles pueden dar consejos que no están en el Evangelio; esto es, en las instrucciones que nuestro Señor daba á los que tenían la felicidad de escucharlo. Pero estos consejos dados por San Pablo ó por los demas apóstoles, venian tambien del Espíritu Santo y eran inspirados, principalmente cuando los daban en cartas escritas por inspiracion; y esto es lo que San Pablo significa bastante, cuando habiendo aconsejado á las mugeres que no se casen segunda vez, porque haciéndolo así serian mas felices, añade (3): *Y yo creo que tengo en mí el Espíritu de Dios*. El Apóstol por una inspiracion particular daba consejos tan sabios; y cuando los ponia por escrito en sus cartas dirigidas á los fieles, se ha-

X.

En vano se pretende que S. Pablo autorice alguna distincion en sus epístolas.

[1] De cons. Evang. l. 1. c. 12.—[2] 1. Cor. vii. 10. 12.—[3] 1. Cor. vii. 40.

cian parte de las Escrituras Divinas. Pero toda Escritura sagrada es divinamente inspirada y útil para enseñar é instruir.

XI.
Objeciones
tomadas de
los testimo-
nios de San
Basilio, de
Orígenes y
de San Am-
brosio.

Se pretende que San Basilio ha hecho tambien distincion en la Escritura entre lo que viene del Espíritu de Dios y lo que procede del espíritu del hombre. Hé aquí como este santo doctor se explica escribiendo contra Eunomio. „Todo lo que el Espíritu Santo dice en la Escritura, es la palabra de Dios mismo; y por eso se afirma que toda „Escritura es divinamente inspirada y útil; lo cual debe entenderse de „la que ha dictado el Espíritu Divino; y esto hace ver que el Espíritu „Santo no es criatura. Porque toda criatura justa, hablando de las co- „sas de Dios, se explica como lo hizo San Pablo cuando dijo: *En „cuanto á las vírgenes, yo no he recibido mandamiento del Señor; pero „les aconsejo como fiel ministro del Señor, por la misericordia que me „ha hecho;* y despues el mismo Apóstol, hablando á los casados, se ex- „plica así: *Yo soy quien les digo esto y no el Señor.* Y el profeta ex- „clama: *Oh Señor, yo os hablaré segun justicia. ¿Por qué los impios „prosperan en sus caminos,* es decir, en sus empresas? En otro lugar „el mismo profeta dice aun: *ay! madre mia, ¿por qué me habeis dado á „luz?* Pero otras veces ellos hablan en nombre del Señor y lo advier- „ten en estos términos: *Ved aquí lo que dice el Señor.* Moisés en un „lugar dice que él tartamudea, y tiene dificultad de hablar; y el mismo „en otras ocasiones se sirve de esta expresion: *Ved aquí lo que dice el „Señor: Enviad mi pueblo á fin de que vaya á ofrecermé sacrificios en „el desierto.* El Espíritu Santo no se conduce de este modo; porque „él no dice ciertas cosas como en su propio nombre, y otras en el de „Dios: esto no conviene sino á la criatura; en lugar de que todo lo „que dice el espíritu Divino, son palabras de Dios mismo.” (1) Tal es el argumento de que San Basilio se vale para probar la divinidad del Espíritu Santo; y toda la fuerza de su discurso consiste en que siempre que el Espíritu de Dios habla en la Escritura, se reconoce con certeza que Dios mismo habla; y al contrario, se reconoce que no habla cuando los hombres autores de los libros dicen como por sí mismos las cosas, en las cuales por consiguiente no han sido inspirados.

Orígenes parece adoptar la misma distincion entre lo que Dios dice en la Escritura y lo que es dicho por los autores ó profetas. Así, segun Orígenes (2), Jonás mas bien que el Espíritu de Dios aseguró la destruccion de Nínive. Moisés mas bien que el Señor, concedió el libelo de divorcio; y esto es lo que procura probar por el modo con que se expresó nuestro Señor respondiendo á los Fariseos: *Moisés, dice Jesucristo, os permitió por la dureza de vuestro corazon despedir á vuestras mugeres; pero al principio,* es decir, en la primera institucion del matrimonio, *no fue así* (3). Despues de estos ejemplos cita el de San Pablo, el cual hablaba algunas veces como por sí mismo, y otras como en nombre y de parte de Dios; de donde este autor pretende concluir que hay en la Escritura cosas que deben mirarse como palabra de Dios, y otras que no se pueden considerar sino como palabra del hombre.

San Ambrosio parece que afirma lo mismo, (4) explicando es-

[1] Basil. adv. Eunom. l. v. c. 25.—[2] Hom. 16, in. Ním.—[3] Matt. 19. 8.—[4] L. viii. in. Luc. c. 16.

tas palabras del Evangelio: *Moisés os permitió por la dureza de vuestro corazón, despedir á vuestras mugeres*. Este lugar muestra, dice San Ambrosio, que lo que está escrito segun la fragilidad humana, no es la palabra de Dios, sino la palabra del hombre.

Es fácil resolver estas dificultades, distinguiendo con los Padres que se acaban de citar, ciertas cosas que se encuentran en la Escritura, de las cuales unas son dichas en nombre de Dios, es decir en nombre de su Espíritu que hablaba por los profetas, y otras se dicen y refieren por los profetas ó autores sagrados como en su propio nombre. Así Moisés cuenta, como de sí mismo, toda la historia de la salida de Egipto; cuenta igualmente el paso del mar Rojo; y muchas otras cosas como cuando describe lo que sucedió como por accidente, con el macho cabrío ofrecido por el pecado, que se quemó enteramente sobre el altar (1), lo cual sabido por Moisés, se irritó contra Eleazar é Itamar, hijos de Aaron, y les reprendió que no hubiesen comido la víctima por el pecado en el lugar santo, siendo ella santa y habiéndoselas dado el Señor, á fin de que llevasen la iniquidad de la muchedumbre, y rogasen por ella en presencia del Señor. Se habia cometido tambien otra falta, porque la sangre de esta víctima, no se habia llevado al lugar santo. Moisés los reprendió tambien por esto. Tal fue el suceso que refiere él mismo. En lo que hizo no podemos decir que haya sido guiado por una direccion especial del Espíritu Santo. El reprendió á Eleazar y á Itamar, y la reprension recaia sobre Aaron; pero este último se excusó, y Moisés aceptó su excusa. Estas acciones y esta conducta son las que considera San Basilio, cuando asienta que no todo lo que se refiere en la Escritura lleva el carácter de la Divinidad como lo que dice el Espíritu Santo. Y á la verdad Moisés, que refiere tantos hechos en sus cinco libros llamados el Pentateuco, no siempre dice: *Así habló el Señor: Locutusque est Dominus*, como se ve repetido tantas veces en el libro del Levítico, porque Moisés refiere con frecuencia lo que hizo él mismo, al modo que San Pablo expone sus consejos como distintos de lo que era prescrito y ordenado por el Señor. En todo lo que dice la Escritura, nada lleva el carácter de la Divinidad en cuanto al que obra ó habla, sino cuando es el Espíritu Santo quien revela ó manifiesta las voluntades de Dios, ó se hace conocer por operaciones que no pueden convenir sino á la Divinidad. Entónces es cuando dando señales de que es Dios y de que anima é inspira á los profetas, lo que no conviene sino á Dios solo, los Padres, y particularmente San Basilio, inferen de ellas que este Espíritu es Dios como el Padre y como el Hijo. Pero esta distincion en nada perjudica á la inspiracion que es comun á toda la Escritura Santa. Moisés no ha sido conducido por una direccion especial del Espíritu Santo en todo lo que hizo; pero sí lo ha sido para escribir todo lo que ha insertado en sus libros, y aun para darnos la relacion de ciertas faltas cometidas por él mismo; y no ha escrito sin inspiracion lo que nos refiere de una especie de desconfianza en que cayó cuando hirió dos veces la roca para sacar agua de ella. Es menester pues

XII.

Distincion entre lo que los escritores sagrados dicen en nombre de Dios, y lo que refieren como dicho en su propio nombre.

(1) *Levit. x. 10 et seqq.*

distinguir bien á Moisés y á cualquier otro escritor sagrado, cuando obran y dicen alguna cosa como por sí de estos mismos autores ó escritores, cuando ponen por escrito lo que les ha sucedido, y lo insertan en la relacion de los demas acontecimientos que el Espíritu de Dios los ha determinado á escribir. Bajo la primera consideracion están sujetos á engañarse, y no siempre obran por el movimiento del Espíritu de Dios; pero cuando escriben, debemos mirarlos como autores divinamente inspirados, que refieren lo que han hecho y lo que han dicho en ciertas ocasiones, siendo siempre dirigidos y guiados en todo lo que escriben por la inspiracion del Espíritu Santo. Aun todavía podemos ilustrar mas esto, por los ejemplos de que se sirven los Padres cuyas autoridades hemos citado en la objecion que se nos propone.

XIII.

Reflexiones
sobre el li-
bello de di-
vorcio, y so-
bre la ame-
naza de Jo-
nás.

El libello de divorcio fue concedido por Moisés á causa de la dureza de corazon de los Judios, como lo dice nuestro Señor en el Evangelio (1). Si esto contuviera el permiso de una cosa ilícita como muchos lo han creído, tal indulgencia no podría venir de Dios, que jamas permite hacer una cosa mala. Seria pues Moisés, y no el Espíritu de Dios quien lo habria permitido, y en este sentido dice San Ambrosio, „que lo que está escrito segun la fragilidad humana no es „palabra de Dios, sino palabra del hombre.” Otros intérpretes que no son del parecer de San Ambrosio, creen que este permiso venia de Dios mismo, quien para hacer el divorcio mas difícil, habia mandado que se diese un libello á fin de contener por la dificultad de darlo á los que tuviesen deseo de despedir á sus mugeres. Sea de esto lo que fuere, que este permiso venga del Señor ó de Moisés, es cierto que la relacion que se hace de él en el Capítulo xxiv del Deuteronomio ha sido escrita por inspiracion, y que Moisés refiriendo cómo el libello se permitió, fue guiado y dirigido por el Espíritu de Dios.

Lo mismo debemos decir de la amenaza que Jonás hizo á los habitantes de Nínive. Suponiendo que Jonás no habia recibido orden del Señor para anunciar al pueblo de Nínive que dentro de cuarenta dias esta ciudad seria enteramente destruida y arruinada, aquella amenaza no era una profecía, y no debe mirarse como pronunciada de parte del Señor. Así no se hallará embarazo para conciliar la verdad de la amenaza con la falta del acontecimiento, porque el Señor no estaba obligado á ejecutar lo que Jonás habia dicho por sí mismo y sin haber recibido orden de anunciarlo. Pero cuando este profeta refiere que él amenazó á la ciudad con una total ruina, estamos obligados á creer que efectivamente lo hizo, porque él no ha escrito y referido esta circunstancia sino por la inspiracion que le fue comunicada cuando redactó por escrito su profecía con la historia de su viaje. De esta manera deben discurrir los que piensan que Jonás hizo la amenaza por sí mismo, y sin que Dios le hubiese mandado hacerla; y así es como lo creyó Orígenes segun aparece del pasaje que hemos copiado de él. Pero nosotros juzgamos mucho mas verosímil que la amenaza venia de Dios, y que era condicional, es decir

(1) Matt. xix. 8.

que Nínive seria arruinada si sus habitantes no hacian penitencia: tal es el sentir de casi todos los Padres griegos y latinos (1), si se exceptúa á Orígenes.

Se pretende tambien probar por ciertas expresiones de que usa San Pablo en su epístola segunda á los Corintios, que no todo lo que este grande Apóstol ha escrito, fue inspirado y dictado por el Espíritu Santo. Porque (dicen) ¿cómo el Espíritu Divino podría ser autor de estas expresiones? „Aunque yo os haya affigido por mi carta, no lo siento sin embargo al presente aunque lo haya sentido ántes, viendo que os habia causado tristeza por algun poco tiempo. Pero en la actualidad me alegro, no de vuestra afliccion, sino de que esta tristeza os ha inducido á la penitencia.” (2). Si el Apóstol habia escrito su epístola primera á los Corintios por una inspiracion especial del Espíritu Santo, ¿cómo hubiera podido arrepentirse de haberlo hecho ó á lo ménos de haber escrito cosas que, entristeciendo á los Corintios, le diesen motivo de sentir haberles hablado de aquel modo? ¿No parece que confiesa haber cometido en esto una falta? ¿Y podemos atribuir tal cosa al Espíritu Santo? Parece sin embargo necesario, si se admite que él mismo ha inspirado al Apóstol escribir lo que leemos sobre el asunto en su primera carta á los Corintios, por lo cual en la segunda dice que sintió haberles affigido.

Si lo que acabamos de referir parece difícil de conciliarse con la inspiracion, ¿qué diremos de lo que el mismo Apóstol dice de sí despues, en la citada epístola segunda á los Corintios, en un lugar en que queriendo recomendar su ministerio y lo que ha hecho por la predicacion del Evangelio, se ve en cierto modo obligado á alabarse á sí mismo? El reconoce en hacerlo una especie de imprudencia. *¡Ojalá (dice) que quisieseis sufrir un poco mi imprudencia y yo os ruego en efecto que la toleréis (3). Sufridme como á un imprudente, dice despues, y permitidme que me glorie un poco. (4). Na quiere que este designio de alabarse á sí mismo se atribuya al Espíritu de Dios, pues añade: Lo que digo, no lo digo segun Dios, sino como una especie de imprudencia para encontrar motivo de gloriarme (5). En fin manifiesta claramente, que si alguno de los falsos apóstoles tiene la confianza de alabarse, él se toma tambien esta confianza y esta libertad; lo hago (añade) cometiendo una imprudencia (6). Y hablando de los falsos apóstoles continúa: ¿Son ellos ministros de Jesucristo? (lo digo como con imprudencia), yo lo soy mas que ellos (7). ¿Cómo se ha de pensar que todas estas cosas en las cuales el Apóstol parece reconocer que no ha guardado los límites de la sabiduría han sido dictadas por el Espíritu de Dios?*

Para responder á la primera dificultad fundada en las palabras de St. Pablo, en que parece decir que se arrepiente de haber entristecido á los Corintios, reprendiéndolos con un poco de rigor por ciertos desórdenes que se habian introducido entre ellos, no hay sino

XIV.
Reflexiones sobre dos lugares de la epístola segunda de S. Pablo á los Corintios.

(1) Vide Corn. á Lap. in hunc Jonæ locum.—(2) 2. Cor. vii. 8. 9.—(3) 2. Cor. xii. 1.—(4) Ibid. xii. 17.—(5) Ibid. xii. 21.—(6) Ibid. xii. 23.

aclarar el equívoco de esta expresion, *etsi poeniteret, 6 quamvis poenitebat*, segun el griego: esto no quiere decir que S. Pablo hubiera deseado no haberlos reprendido, pues que la correccion y reprension les llegó á ser tan útil; sino significa que él lo habia sentido, tomando parte en la tristeza que los afligió; semejante á un padre que viendo la tristeza con que su hijo está agravado, cuando lo ha reprendido y corregido siente él mismo en alguna manera la tristeza de su hijo; pero se alegra al ver que este hijo conmovido se halla en la feliz disposicion de mudar de conducta. Tales fueron los sentimientos de S. Pablo con respecto á los Corintios; y en esto nada hay que sea indigno del Espiritu de Dios y que no haya podido ser efecto de las inspiraciones y de los movimientos de piedad que causaba en el espiritu y en el corazon de S. Pablo, á quien todo lo que ha escrito sobre esto ha sido dictado por el mismo Espiritu.

Por lo que toca al segundo pasage en que S. Pablo parece reconocer que obra y habla con imprudencia, es fácil explicar sus expresiones. El Apóstol quiere dar á entender que aunque en general sea una especie de necedad el alabarse, está sin embargo obligado á revelar la dignidad de su ministerio y sus trabajos apostólicos, cuando es útil para la edificacion de los fieles, y la necesidad le precisa á ello; lo que seria una especie de necedad si no estuviera precisado á hacerlo. En este sentido llega á decir: *Yo he sido un imprudente gloriándome de esta suerte; pero vosotros sois los que me habeis obligado; porque á vosotros tocaba hablar ventajosamente de mí, pues que en nada he sido inferior á los mas eminentes de los apóstoles, aunque yo nada soy* (1). Que quiere pues dar á entender el Santo Apóstol, sino que lo que en otra ocasion hubiera sido efecto de orgullo y de imprudencia, habia llegado á ser en la coyuntura en que se hallaba absolutamente necesario para la edificacion de los Corintios, para desprenderlos de los falsos apóstoles, que hubieran podido seducirlos, y para infundirles una perfecta confianza en la humildad y sinceridad con que S. Pablo les anunciaba el Evangelio. Esto es lo que S. Juan Crisóstomo advierte con mucha razon cuando dice que el Apóstol repitiendo con tanta frecuencia que es imprudencia alabarse, no lo inculca con tan gran cuidado, sino para hacer comprender que un hombre no debe jamas hablar de sí mismo en términos de alabanza y elogio, sino cuando una urgente necesidad lo obliga á hacerlo (2); y tal era el caso en que se hallaba S. Pablo, obligado á hablar ventajosamente de sí mismo y de los trabajos que habia tenido que sufrir en la predicacion del Evangelio. Es muy á propósito notar que en el mismo lugar dice S. Pablo que si él quisiese gloriarse podria hacerlo sin ser imprudente, porque diria la verdad (3). Ademas él declara que si fuera necesario gloriarse en alguna cosa, él se gloriaria de, mejor gana en sus debilidades y sufrimientos (4), á fin de hacer brillar mejor el poder de Jesucristo. Lo refiere todo á la gloria de Dios, y reconoce que no habia hecho tantas cosas

(1) 2. Cor. XII. 11.—(2) Hom. XXIII. in 2. ad. Cor.—(3) 2. Cor. XII. 6.—(4) *Ibid.* v. 9.

por sus propias fuerzas, sino por el socorro de la gracia de Dios que estaba con él: *Non ego autem, sed gratia Dei mecum* (1). Pero en todas estas cosas escritas por S. Pablo ninguna hay que no convenga con la inspiracion del Espíritu de Dios, y el Santo Apóstol dice claramente que Jesucristo hablaba en él: *Queréis probar, (dice) el poder de Jesucristo que habla en mí?* (2) Y no tiene dificultad en decir á los mismos Corintios que él creia tener el Espíritu de Dios en sí: *Puto autem quod et ego Spiritum Dei habeam* (3).

Se proponen tambien contra la inspiracion de los libros santos algunas dificultades tomadas de las contradicciones que se cree notar entre ciertos pasages de la Escritura. Tal es la variedad que se observa entre S. Juan y S. Marcos sobre la hora de la crucifixion de Jesucristo. Si el Espíritu de Dios, (dicen) hubiera inspirado á los autores sagrados, no estarian en oposicion unos con otros. Si el mismo Espíritu de verdad hubiera guiado sus lenguas y sus plumas, se veria reinar entre ellos una perfecta concordia.

Es bien constante, y nosotros sostenemos, que no hay contradiccion alguna entre los autores sagrados. Las pretendidas contradicciones provienen algunas veces de faltas de los copiantes; tal es la que se pretende notar aquí entre los dos evangelistas. Los mejores ejemplares de S. Juan están conformes en este punto con los de S. Marcos. Si se encuentran otras variedades que provengan no de la mano de los copiantes, sino de la de los autores mismos, ciertamente se hallará medio de conciliarlos; mas no es el presente lugar propio para extenderse sobre esto; se puede, si se juzga á propósito, consultar á los intérpretes y comentadores, y en ellos se encontrará la explicacion de esos lugares en que se cree notar contradiccion.

Los protestantes siempre han reconocido la inspiracion de los libros santos; pero Grocio se aparta de su comun sentir. Este crítico distingue en la Escritura dos cosas: 1.º Lo que no podia ser conocido del autor del libro sino por una luz que recibiese de Dios. 2.º Lo que el escritor sabia por haberlo visto ú oído á testigos dignos de fe. En cuanto á lo primero, reconoce que los autores de los libros santos tenían necesidad de una inspiracion especial; mas para lo segundo, pretende que no necesitaron sino de una asistencia y direccion particular por las cuales estuviesen libres de todo error.

Pero ni la Escritura, ni los Padres, han hecho jamas esta distincion. San Pablo dice en general (4), que toda Escritura es divinamente inspirada. San Pedro asegura que los autores sagrados han sido conducidos, impelidos, *acti, impulsí* (5), por el Espíritu de Dios, y que ellos han hablado, no segun las impresiones de una voluntad humana, sino por la impresion del Espíritu Santo. Los Padres han dicho en general que el Espíritu Santo es el autor de la Escritura, y que él es quien habla en estos libros divinos; ellos no han hecho excepcion alguna, ¿nos toca á nosotros hacerla?

XV.
Reflexiones
sobre las
pretendidas
contradic-
ciones.

XVI.
Parecer de
Grocio so-
bre la inspi-
racion.

(1) 1. Cor. xv. 10.—(2) 2. Cor. xiii. 3.—(3) 1. Cor. vii. 40.—(4) 2. Tim. iii. 16.
—(5) 2. Petr. i. 21.

Sin embargo Cornelio á Lapide, este sabio comentador que ha interpretado casi toda la Santa Escritura, quiere hacer esta distincion, y rehusa á los escritores sagrados la inspiracion para ciertas cosas de las que han escrito. Advertid, dice este comentador, que el Espíritu Santo no ha dictado de un mismo modo todo lo que está en la Escritura Santa. Porque él dictó palabra por palabra la ley y las profecias á Moisés y á los profetas; pero en cuanto á las historias y exhortaciones morales que los escritores agiógrafos sabian de otra parte, no era necesario que les fuesen inspiradas por el Espíritu Santo, pues las sabian por sí mismos. Así es que San Juan dice (1), que él escribe lo que ha visto, y San Lucas asegura que él pone por escrito lo que ha oido y aprendido (2), subiendo hasta el origen. Se alegan en prueba los autores que no han hecho mas que compendios al componer sus libros que se cuentan en el número de las Escrituras canónicas. El segundo libro de los Macabéos no es mas que un compendio de los cinco libros que Jasón el Cirenense habia escrito sobre las guerras y persecuciones que los Judios tuvieron que sostener. ¿Era necesario (dicen) que el autor de este compendio fuese inspirado para referirnos en resumen lo que estaba contado con mas amplitud en la obra de aquel Jasón que ántes escribió la historia completa de estas revoluciones?

A esto decimos que segun parece se confunden aquí cosas que deben distinguirse con cuidado; porque uno es la revelacion y otro la inspiracion. Por la palabra revelacion entendemos un conocimiento comunicado por Dios que descubre cosas ántes desconocidas. Cuando Dios hizo conocer á Noé que la tierra seria inundada por un diluvio universal, le descubrió este suceso que debia verificarse muchos años despues, y que no podia saberse sin que Dios lo manifestara por una revelacion. Lo mismo debemos decir de todo lo que Dios hizo conocer á los profetas acerca de la venida del Mesías. Por revelacion conoció y predijo Jacob lo que habia de suceder á sus hijos y á su posteridad; por el mismo espíritu conoció que el Mesías saldria de Judá; que seria verdaderamente el enviado del Señor y la esperanza de las naciones (3). De este espíritu de revelacion se dijo con relacion á Isaías: „El „vió el fin de los tiempos por un gran don del Espíritu de Dios, „y consoló á los de Sion que debian ser afligidos algun dia; pre- „dijo lo que habia de suceder al fin de los tiempos, y descubrió „las cosas secretas ántes que llegasen (4).” La inspiracion no está siempre acompañada de la revelacion, porque un hombre inspirado puede decir lo que sabe por conductos seguros, sin que sea necesario que Dios le revele aquel conocimiento. Así S. Juan refiere en su evangelio los hechos de que fue testigo; S. Lucas se habia informado con exactitud y estaba bien instruido de todas las cosas segun el orden y serie con que nos ha dado su historia. Pero de que los autores sagrados no necesitasen revelacion para escribir lo que sabian por otra parte, no se infiere que no hayan

(1) Joan. xii. 35.—(2) Luc. i. 3.—(3) Gen. xlii. 10.—(4) Ezech. xlii. 27. 28

sido inspirados en todo lo que escribieron. San Pablo no necesitaba revelacion para decir que habia dejado á Trofimo enfermo en Mileto; pero fue conducido por el Espíritu de Dios, para comunicar á Timoteo una cosa que ignoraba, y que podia excitar su compasion, tanto hácia este amado discípulo del Apóstol, como hácia el mismo S. Pablo que habia quedado solo en la prision; estando por entónces todos los demas ausentes, á excepcion de San Lucas.

Pero se dirá: ¿para qué exigir una inspiracion en el que escribe cosas de poca importancia, y en las cuales no puede engañarse? Caso que el escritor se hubiere engañado en lo que es poco interesante, la Religion y la piedad no sufririan por eso algun detrimento. Si se quiere sin embargo reconocer un socorro del Espíritu Santo, no es necesario recurrir á la inspiracion, pues basta la asistencia ó simple direccion para preservar al escritor de todo yerro.

A esto replicamos que no debemos juzgar de las cosas que refiere la Escritura por nuestras débiles luces; nos engañaríamos en hacerlo así. En tiempo de San Crisóstomo y de San Gerónimo, muchos pretendian que el asunto de la carta á Filemon no era digno de la atencion del grande Apóstol, y creian que un esclavo convertido no era objeto de tanta importancia para empeñar á San Pablo á escribir expresamente una carta á fin de reconciliar á este esclavo con su antiguo dueño. Mas estos dos santos doctores mirando las cosas con una luz superior, descubren en la conducta de San Pablo una sabiduría y una caridad admirables; tan verdadero es que no son nuestras miras ni nuestros sentimientos los que deben decidir de la importancia y utilidad de lo que refiere la Santa Escritura, y seria grande inconveniente si aun en lo que nos parece de poca consecuencia se pudiera hallar el menor defecto de memoria ó advertencia en los escritores sagrados. Si una parte de estos divinos libros no es palabra de Dios, es de temer se diga lo mismo de todo el resto de ellos.

Es verdad que por medio de una asistencia ó direccion del Espíritu Santo, se pone á los autores sagrados á cubierto de todo peligro de error; el Espíritu Santo, conduciéndolos por este socorro, no los deja caer en la mas ligera falta. Pero esto no basta para sostener la dignidad y excelencia de la Escritura santa; es preciso reconocer el socorro que llamamos *inspiracion*, y que hace que cuanto hay en la Escritura sea *palabra de Dios*. Es necesario que nos conformemos con el dictámen y expresiones de los Santos Doctores de la Iglesia, que nos dicen que *el Espíritu Santo ha hablado por la boca de los profetas*; que estos han sido como los *instrumentos de que Dios se sirvió para hablarnos y para manifestarnos sus voluntades*. Es menester que digamos con ellos que *las Escrituras Santas son los oráculos del Espíritu Santo*, cuya operacion ha sido en cada uno de sus autores como un móvil divino bajado del cielo que los ha hecho obrar y hablar; de suerte que ellos han sido *el órgano de que se sirvió para darnos conocimiento de las cosas celestiales y divinas*. Pero todo esto no pue-

de ser verdad sino admitiendo la inspiracion; porque si la asistencia del Espíritu Santo bastara, se podria decir que los concilios en que el Espíritu Santo asiste por un socorro particular, pronunciarían decisiones que se podrian llamar *palabra de Dios*. Esta es la gran razon que los doctores lovanienses han empleado siempre contra los que querian combatir, ó al ménos debilitar la necesidad de la inspiracion.

Se preguntará acaso ¿qué mas tiene la inspiracion que la asistencia? Preciso es que tenga algo mas, pues la asistencia no hace que lo que se escribe ó dicta con ella sola sea *palabra de Dios*. Por otra parte, la asistencia preserva á los autores de todo error considerable, esto es en lo que toca á la fe y á las costumbres; mas no en lo de ménos importancia, como cuando se trata de hechos ó de materia de crítica, por ejemplo, de saber si tal obra es de San Agustin ó de otro Padre; mas en la Escritura no puede haber la menor falta; el entendimiento está tan ilustrado y la memoria tan bien conducida, que el escritor sagrado no puede incurrir en algun defecto ni por olvido ni por inadvertencia. Se ve pues, que la inspiracion tiene mucha mas fuerza y eficacia que la simple asistencia; y esto viene de que la simple asistencia ó direccion supone al que recibe este socorro ya determinado por sí mismo con justa y recta intencion pero independientemente de un auxilio extraordinario, á investigar alguna verdad, despues de lo cual él es conducido y dirigido en su investigacion por la asistencia del Espíritu de Dios, que no le permite caer en error ni apartarse de la verdad que busca. Hé aquí lo que sucede en las reuniones de los concilios, cuya decision es infalible. Pero la inspiracion contiene mas, porque supone que el autor sagrado que la recibe es impelido y determinado á escribir; y que despues de haber recibido esta determinacion por un movimiento del Espíritu Santo, es conducido y dirigido de tal modo, que no solamente se halla libre de todo error, sino que lo que pone por escrito es la *palabra de Dios*, porque es el mismo, es su Espíritu, quien dicta á los escritores sagrados lo que escriben. ¿Cómo Cornelio á Lápide ha podido exceptuar de la inspiracion las exhortaciones morales que se hallan en las Santas Escrituras? ¿No son ellas del número de las cosas útiles para instruir, para reprender, para corregir y para conducir á la piedad?

XVIII.
Parecer de
Melchor Ca-
no y de Con-
tensón.

¿Y el Apóstol no nos dice que todo esto es inspirado? Algunos han querido hacer creer que el célebre Melchor Cano, hábil teólogo, enseñó ántes de Cornelio á Lápide la suficiencia de una simple direccion ó asistencia del Espíritu Santo, al ménos para ciertas partes de la Escritura Santa. Mas los que han querido atribuir tal sentencia á este sabio teólogo, han confundido equivocadamente la revelacion con la inspiracion. Es verdad que Melchor Cano pretende con justicia que la revelacion no es necesaria á los escritores sagrados para escribir lo que por otra parte saben con seguridad; pero siempre es menester reconocer que han sido inspirados, á fin de que podamos decir que lo que han escrito es la *palabra de Dios*. Por lo demas, para conocer bien el parecer

de Melchor Cano, no hay mas que leer lo que dice en el capítulo xvii del libro segundo de los Lugares teológicos, donde despues de haber refutado á los que pretendian que en algunas cosas de poca consecuencia, los escritores sagrados habian podido caer en algun ligero error, concluye así: „Si la ley de Moisés, que „es un ministerio de muerte, ha sido escrita con tanta exactitud „que no se puede omitir de ella una sola jota ó un solo punto, „con cuánta mas razon diremos esto del Evangelio que es un mi- „nisterio de espíritu y de vida! Es pues menester confesar que ha „sido escrito con tanto cuidado y por un influjo tal de la asisten- „cia divina, que no solo no hay palabra, pero ni un pequeño ras- „go de letra que no haya sido sugerido por el Espíritu Divino.” Y al fin del mismo capítulo acaba así: „Confesemos que todas las co- „sas que hay en la Escritura, grandes ó pequeñas, han sido escri- „tas por los autores sagrados dictándolas el Espíritu Santo. (*Dic- tante Spiritu Sancto*). Tal es la doctrina que hemos recibido de „nuestros Padres y que está en cierto modo grabada en el enten- „dimiento y en el corazón de los fieles; y esto es en lo que de- „bemos fijarnos porque la Iglesia nos lo enseña así: *Haec et nos, Ec- clesia praesertim magistra et duce, retinere debemus.*”

Si se examina bien el parecer de Contenson, teólogo tomista, se verá que no se apartó del de Melchor Cano, del mismo orden de Santo Domingo. Es verdad que Contenson no cree la revelacion necesaria para cada parte de la Escritura. Y en efecto parece inútil para las cosas suficientemente conocidas por los autores sagrados; pero esto no impide que se reconozca en los mismos la inspiracion aun para aquello de que tenian un conocimiento seguro.

M. Simon, en su *Historia crítica del Nuevo Testamento* (1) se declara contra los doctores lovanenses, y pretende refutar su censura. Parece sin embargo que no emprendió justificar del todo las proposiciones censuradas; porque reconoce que el Espíritu Santo es el autor de toda la Santa Escritura, sea por inspiracion, sea por instinto particular que habria debido explicar un poco mas. De cualquier modo, él sostiene que el Espíritu de Dios asistió á los autores sagrados, no solo en los pensamientos sino tambien en las palabras de que se sirvieron, defendiéndolos de todo error que hubiera podido venir aun de olvido ó de defecto de atencion. Hay poca diferencia entre el parecer de Cornelio á Lápide y el de M. Simon, y es tambien el mismo que el de Grocio segun antes dijimos.

No hablamos aquí del monstruoso sistema de Espinosa, el cual pretende que los autores de los libros santos no han sido inspirados, ni recibido alguna asistencia particular. No conviene disputar ni tratar con un hombre que combate todos los fundamentos de la Religion, y que no aspira á ménos que á desmentir á cada instante todo lo que se encuentra en la Escritura.

Pero debe sorprender que un autor que quiere pasar por cristiano haya avanzado un sistema que casi nada dista del de Espinosa; se puede ver sin embargo en una carta publicada bajo el nombre

XIX.
Parecer de
Mr. Simon.

XX.
Parecer del
autor cono-

(1). Cap. xxiii. y. xxiv.

de un Teólogo de Holanda (1). El autor anónimo (Juan le Clerc,) cuya opinion se expresa en esta carta, pretende que no se debe admitir en los escritores sagrados algun auxilio sobrenatural, ó particular asistencia, si no es en casos muy raros y muy singulares; él dice que los historiadores sagrados no han tenido necesidad de mas que su memoria, poniendo por otra parte todo el cuidado y exactitud que se exige á los que se dedican á escribir la historia. En cuanto á los profetas, reconoce que ha habido algo sobrenatural en las visiones que tuvieron, y que el Señor se les ha aparecido para descubrirles ciertas verdades ocultas ó algunos grandes misterios; pero nada ve que no sea natural en el modo con que los profetas han descrito sus visiones: segun él, no necesitaron sino de su memoria para acordarse de lo que se les habia mostrado en la vigilia ó en el sueño; y era inútil que esa memoria fuese ayudada por algun socorro sobre natural; porque reteniéndose fácilmente lo que ha hecho una fuerte impresion en la fantasía y se ha grabado profundamente, las visiones que Dios concedia á los profetas, producian naturalmente estos efectos. Adelantándose todavía mas, dice que muchas veces lo que los profetas decian naturalmente y sin inspiracion, era una verdadera profecía en otro sentido á que no atendia el profeta; alega sobre esto lo que aconteció en la persona del gran sacerdote Caifas que profetizó contra su intencion, y sin penetrar el sentido de lo que decia, cuando pronunció esta sentencia hablando de Jesucristo: *Conviene que un hombre muera por todo el pueblo.*

Cuanto este autor, á quien con demasiada liberalidad se da el nombre de teólogo, avanza en lo que acabamos de referir contra la inspiracion, va directamente contra lo que hemos alegado de los Santos Padres y de la Escritura, que manifiesta cuan constante es que los autores sagrados fueron inspirados, y da una idea del modo con que se verificó la inspiracion. Nosotros escuchamos sumisos lo que se encuentra en fuentes tan puras, y desconfiamos de lo que viene de parte de aquellos que prefieren sus pensamientos á lo que tenemos de mas sagrado y respetable. Seria fuera de camino apoyarse en el ejemplo de Caifas para autorizar semejantes delirios; pues el Santo Evangelista advierte que no habló en aquella ocasion por sí mismo: *Hoc á semetipso non dixit* (2). Fue pues el Espíritu Santo quien en consideracion á la dignidad de Pontifice de que estaba revestido, habló por su boca, segun San Agustin (3); y aunque el gran sacerdote nada comprendió del sentido que era principal segun la intencion del Espíritu Santo, no dejó de ser como el instrumento de que Dios se sirvió para anunciar una gran verdad, á saber, que Jesucristo moriria no solo por los Judios, sino tambien por la salud de todo el mundo. Ni era esta la primera vez que Dios se servia del órgano de un malvado para manifestar una importante verdad. Mucho ántes quiso que Balaam que era un perverso (4), segun el retrato que de él nos hacen los apóstoles San Pedro (5) y San Ju-

(1) Carta xi. de la Coleccion de opiniones de algunos teólogos. p. 232.—(2) Joan. xl 51.—(3) Tract. 49. in. Joan. n. 27.—(4) Núm. xxiv. 17.—(5) 2. Petr. n. 15.

das (1), anunciase la venida de su Hijo único. La profecía es de las gracias que se llaman *gratis datas*, sin alguna conexión necesaria con la santidad de aquellos á quienes Dios juzga conveniente concederlas.

Ya solo nos resta decidir en pocas palabras una cuestion que suele proponerse aun sobre la inspiracion. Se trata de saber si no solo los pensamientos han sido inspirados á los autores sagrados como lo hemos hecho ver, sino si se debe decir tambien lo mismo de los términos y expresiones de que ellos se han servido.

Examinando atentamente los testimonios de los Padres que hemos referido, no seria difícil concluir que en sentencia de ellos, los términos y expresiones les han sido inspirados por el Espíritu de Dios que los guiaba. No hay sino recordar algunos términos y comparaciones empleadas por los Santos Padres para darnos idea de la inspiracion. Acordémonos que casi todos dicen que el Espíritu Santo es el que ha dictado á los autores sagrados lo que escribieron; que él fue quien habló por sus bocas, que no eran sino como instrumentos de que Dios se servia para darnos á conocer las grandes verdades que tenia la bondad de revelarnos. Por eso hemos visto que San Justino dice, que el Espíritu divino era como el móvil bajado del cielo para hacer resonar sobre la tierra los divinos oráculos. Atenágoras nos enseña que los profetas son como los instrumentos de que el Espíritu Santo se sirve para hablar á los hombres. No olvidemos, en fin, la justa comparacion de que usa San Gregorio, cuando dice que no debemos fatigarnos averiguando de qué pluma se ha servido el que nos escribe, cuando sabemos que la carta nos viene de una persona eminente en dignidad, y á la cual debemos profundo respeto; y que así cuando sabemos que un libro, como el de Job, ha sido escrito por inspiracion del Espíritu divino, no debemos ya embarazarnos en saber quién es el que ha delineado los caracteres; como no nos ponemos á inquirir de qué pluma se sirvió la persona respetable que nos ha dirigido una carta. Estas comparaciones y expresiones de los Padres llenas de fuerza, nos inducen á creer que, segun ellos, no solamente el sentido de la Escritura sino tambien los términos y frases han sido inspiradas á los profetas. Y esto parece confirmado por la aplicacion que hacen algunos Padres á los escritores sagrados de aquel pasage del Salmo: *Mi lengua es como la pluma de un escribiente que escribe con velocidad.* (2) Y hé aquí justificada por la Escritura misma la comparacion de San Gregorio. En la profecía de Jeremías vemos un ejemplo en que podemos reconocer esta destreza de la pluma que escribe con tanta velocidad. Los principales del pueblo Judío enviaron cerca de Baruc, á Judí, hijo de Natánas, para rogarles que les trajese el volúmen de que habia leído alguna parte al pueblo. Cuando llegó Baruc, secretario de Jeremías, ellos le preguntaron cómo habia escrito todos los discursos pronunciados por Jeremías. *El hablaba*, dijo Baruc, *como si fuera leyendo las palabras, y yo escribia con tinta en este volúmen lo que él me dictaba.* (3) ¡De dónde venia este flujo de palabras y esa gran fa-

XXI.

¡La inspiracion se extiende hasta las expresiones! Este es el sentir comun de los Padres.

(1) *Ep. Jud.* II.—(2) *Ps.* XLIV. 2.—(3) *Jerem.* XXXVI. 18.

cilidad de hablar, sino del Espíritu de Dios que inspiraba á este profeta no solo los pensamientos sino tambien los términos y expresiones?

XXII.

Respuesta á las objeciones de los que impugnan este párrafo.

Esta sentencia parece haber prevalecido hasta el siglo nono, en que hallamos un autor de reputacion que sostuvo lo contrario en una especie de tratado compuesto expresamente al intento; Agobardo, arzobispo de Leon, el qual examinó la materia en una carta escrita á un sujeto llamado Fredeguido, en la que pretende que el Espíritu Santo no inspiró á los profetas ni á los apóstoles los términos y expresiones de que se sirvieron. Su dictámen se funda lo primero en el ejemplo de Moisés que dirigiéndose á Dios mismo, reconoce una gran dificultad en hablar. Para sentir toda la debilidad de esta razon, basta leer el lugar del Exodo en que Moisés se excusa de aceptar el empleo que el Señor queria encargarle. Despues de haber representado las dificultades que creia no podría vencer, dice que desde que tuvo la felicidad de hablar con su Señor y su Dios, sentia en la lengua una especie de impedimento que le dificultaba el habla. ¿Qué relacion tiene esto con la inspiracion para los escritos? ¿Un autor que tiene algun embarazo para hablar, no puede tener mucha facilidad para escribir? ¿No puede recibir de Dios mismo todo lo que es capaz de darle esta facilidad? Además, ¿un hombre que tartamudea, no puede pronunciar con solo un poco mas de trabajo las expresiones que le son inspiradas? Pero veamos lo que sigue en la relacion de Moisés, y la respuesta que el Señor da á la dificultad propuesta por él: *¿Quién es el que ha formado la boca del hombre?* dice el Señor; (1) *y quién es el que ha criado al mudo y al sordo, al que ve y al ciego?* ¿No soy yo? *Anda pues, yo estaré en tu boca, y yo te enseñaré lo que has de hablar.* Adviértase que el Señor no se contenta con decir que él guiará el espíritu y los pensamientos de Moisés á fin de que esté bastante instruido para presentarse ante el rey de Egipto; sino que le asegura que estará en su boca para darle las palabras de que debe servirse: *Ego ero in ore tuo, doceboque te quid loquaris.*

Agobardo alega en segundo lugar la autoridad de San Gerónimo que asegura que hay notable diferencia de estilo en los escritos de los profetas; diferencia que se advierte tambien en los de los apóstoles y evangelistas. Los unos escriben con mas elevacion y nobleza, los otros con ménos elocuencia; lo cual nota San Gerónimo comparando al profeta Isaias, con el profeta Amós. El primero era de nacimiento distinguido, pertenecia á la familia real, y su estilo era muy culto y muy elevado. El otro era un pastor ocupado en guardar sus ganados en el campo, donde tenia que combatir muchas veces con los leones para defender sus ovejas; por esto, dice San Gerónimo, compara la cólera de Dios con la de los leones, porque nada concebía mas terrible sobre la tierra que el rugido de estos animales. De aquí infiere Agobardo que no pudiéndose atribuir esta diferencia al Espíritu Santo; es menester hacerla recaer sobre el hombre que, conducido é inspirado en cuanto á

(1) *Exod. iv. 11. 12.*

los pensamientos, es dejado á sí mismo en cuanto á las expresiones. Y esto hace segun Agobardo que conforme á la advertencia de S. Gerónimo (1), aunque el mismo espíritu haya hablado por la boca de todos los profetas, *idem per omnes Prophetas Spiritus Sanctus loquebatur*, sin embargo se reconoce que Amós tiene un estilo duro, aunque tuviese la ciencia del Espíritu de Dios, *etsi imperitus sermone, sed non scientia*; y esto dice de sí mismo S. Pablo escribiendo á los Corintios, cuando confiesa que era tosco y poco instruido en el language, añadiendo que no era lo mismo en la ciencia (2).

Esto es acaso lo que puede decirse de mas sólido en favor de los que pretenden que la inspiracion no se extiende hasta los términos y expresiones de la Escritura Santa, y que debe restringirse al sentido y á los pensamientos; pero bien examinado este argumento, no parecerá tan convincente como se cree ordinariamente. Examinémoslo.

Hay gran diferencia, nos dicen, entre la elocuencia de un autor sagrado y el estilo tosco y poco culto de otro; por ejemplo entre la elevacion y nobleza con que Isaías se explica, y la simplicidad, ó si se quiere, la especie de rusticidad que se cree notar en el modo con que se expresa el profeta Amós. Yo responderia, preguntando si se hace consistir la elocuencia y la hermosura de estilo en la eleccion de los términos; y entónces diré que no estamos en disposicion de juzgar con relacion al Hebreo, siendo igualmente buenas y bastante expresivas para explicar lo que significan todas las palabras que leemos. Nosotros no estamos en disposicion de calificar si un término es mejor que otro, sino en las ocasiones en que subiendo á la raiz vemos que un nombre es mas propio para demostrar la naturaleza ó las cualidades de la cosa significada. Por ejemplo, la palabra JEHOVA es mas propia para explicar la naturaleza de Dios, que ninguna otra de las que se le aplican en la Escritura; porque ella indica su esencia, significando el Ser por plénitud y por excelencia, *El que es*; en lugar que los otros nombres de Dios en el Hebreo significan solamente algunos de sus atributos ó perfecciones, y lo significan por consiguiente por una propiedad; tales son los nombres *El* que significa el Dios fuerte; *Saddai*, que significa el Todopoderoso; *Elohim*, que significa el Dios de bondad, el Dios protector, el Dios defensor; y por esa razon el Salmista emplea tan frecuentemente esta palabra para invocar al Señor considerándolo como su Dios, *Deus meus*; por esa razon se emplea la misma palabra cuando se dice que el Señor es *el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*, y tambien cuando en el Salmo, el Señor dice á los jueces de la tierra: *Ego dixi: Dii estis* (3). Deben anadirse los nombres *Adonai* que significa el Soberano dueño, y *Elión* que significa el Altísimo. Pero en esto todos los profetas y todos los escritores sagrados son iguales; ni se puede decir que uno escriba con mas elegancia que otro, si no se trata mas que de servirse de términos propios para expresar lo que se intenta escribir.

La verdadera elocuencia consiste pues propiamente en las ideas mas elevadas, en los pensamientos mas sublimes, y en las figuras

(1) *In. Amos.*—(2) *2. Cor. xi. 6.*—(3) *Ps. LXXXI. 6.*

del arte que no pueden separarse de los pensamientos. Pero ya hemos probado extensamente que los pensamientos de los autores sagrados son inspirados: así la consecuencia que se saca de la diferencia del estilo tomada de la elocuencia, nada prueba contra el sentir de los que creen la inspiracion de las palabras. En Amós, por ejemplo, no es la mala eleccion de los vocablos la que hace decir á S. Gerónimo, que este profeta era tosco y poco instruido en el idioma; sino sus comparaciones tomadas de objetos bastante bajos y comunes, ó bien sus ideas menos nobles y elevadas que las del profeta Isaías. Mas todo esto consiste en los pensamientos; de los cuales ninguno hay que no sea digno del Espíritu de Dios que los inspiró. Si algunos nos parecen ménos nobles ó mas comunes, depende del gusto y de las ideas con que los calificamos; pero que no pueden hacer regla para afirmar que lo uno es mas digno de Dios que lo otro.

XXIII.
Reflexion
sobre una
vision de Je
remías.

En el profeta Jeremías tenemos una vision de la cual puede inferirse que la palabra de que usa le fue inspirada. En el primer capítulo de su profecía dice que el Señor le dirigió la palabra, y que le preguntó lo que veia; á lo que el respondió segun nuestra Vulgata: *Yo veo una vara que vela*, VIRGAM VIGILANTEM EGO VIDEO (1). Los Setenta tradujeron: *Yo veo una rama de almendro*; y este es el verdadero sentido. Pero ¿cómo encontrar la conexion entre esta traduccion de los Setenta, y la respuesta que el Señor dió al profeta en estos términos: *Bien has visto, por que velaré yo sobre mi palabra para cumplirla* (1). Se ve aquí que Dios en la respuesta dirigida á su profeta, alude á lo que le habia mostrado en la vision. Pero ¿qué es esta rama ó esta vara que vela? *Virgam vigilantem*. Los Setenta lo expresaron, pero sin poder conservar la alusion con la respuesta. Era en efecto una rama de almendro; y ¿qué conexion hay entre la rama de almendro y la atencion con que el Señor velará sobre su palabra para darle cumplimiento? Para comprenderlo es menester recurrir al texto hebreo. En esta lengua se llama el almendro, *schaqued*; y este nombre se deriva de un verbo que significa *velar*, estar atento, darse prisa en hacer alguna cosa: este árbol se llama así, porque parece que vela para ser el primero de todos en producir sus flores y sus frutos. El profeta pues, habiendo visto una rama ó vara de almendro, en hebreo, *maqqual schaqued*, es decir una rama de un árbol que toma su nombre de la palabra que significa *velar*, darse prisa, estar atento para hacer alguna cosa, dice al Señor: Yo he visto un *maqqual schaqued*; y el Señor le respondió: *Schoqued ani*, y yo velaré. Dios pues inspiró á Jeremías una palabra que pudiese servir á esta alusion de la rama de almendro al término de velar á fin de responder: Sí, yo estaré atento, y yo velaré para que la palabra que he puesto en la boca de mis profetas tenga su cumplimiento.

Pero acaso nos dirán, que bastaba que Dios presentase al profeta un ramo de almendro, sin inspirarle la palabra de que habia de servirse para expresarlo; porque al profeta viendo un ramo de

(1) *Jerem. i. 11.—(2) Ibid. v. 12.*

almendro le era natural pensar en este árbol. Es verdad; pero por esto mismo Dios ha inspirado á los escritores sagrados los términos y las expresiones de que ellos se han servido; pues no lo ha hecho sugiriéndoles por revelacion nuevos vocablos, sino excitando en su memoria los que ya estaban en ella. Por lo cual San Agustín dice con mucha razon, que Dios conducia la memoria de los escritores sagrados, *recordationi suæ quæ Sancto Spiritu regebatur*. (1) Queriendo Dios que la idea del almendro excitada en el espíritu del profeta, le hiciese decir que él veia una rama de este árbol; le presentó una rama en vision; y como el nombre del almendro está conexo con la accion de velar, de empeñarse y de estar atento, Dios responde que él velará y estará atento para la ejecucion y cumplimiento de su palabra. De la misma manera inspira á todos los autores sagrados; les sugiere las palabras y los términos de que deben servirse, excitando en ellos la idea de los objetos que traigan á su memoria las expresiones, y preservándolos de cualquier defecto que pudiera resultar de una mala explicacion; en lo cual se ve que Dios obrando de esta manera, no altera el idioma y lenguaje ordinario del escritor sagrado. Para entenderlo así no necesitamos mas que acordarnos de la comparacion del arco ó móvil usada por el antiguo autor de la Exhortacion á los Gentiles. Todo el movimiento que produce la armonía en un instrumento músico proviene del que lo mueve; pero este nada muda en la disposicion de las cuerdas del mismo instrumento: la aplicacion es fácil.

Nos falta ahora explicar lo que San Pablo dice en su segunda epístola á los Corintios: *Aunque tosco en el lenguaje, no lo soy en el saber*. (2) ¿Se puede concluir de aquí que San Pablo carecia de elocuencia, y que no podia explicarse de una manera digna de las grandes verdades que trataba en sus epístolas? Decir esto seria adelantarse demasiado; y San Juan Crisóstomo que entendia bien de elocuencia, encuentra una muy noble en los escritos del grande Apóstol. (3) San Agustín advierte lo mismo, y pueden verse rasgos que lo comprueban en la epístola á los Hebréos y en muchos otros lugares de las epístolas del santo Apóstol. ¿Qué quieren, pues, decir esos términos de que se sirve escribiendo á los Corintios? Para comprenderlo bien, es menester advertir que San Pablo habia sido instruido segun el método de los Judios, en todo lo que tocaba al conocimiento de la ley. Siendo todavía muy jóven, fue puesto bajo la conducta de Gamaliel para aprender con los jóvenes hebréos de su tiempo todo lo que era costumbre enseñar á los que pertenecian á la secta de los Fariseos. Así el Apóstol leyendo los libros santos en hebreo, y haciendo de estos divinos libros su principal estudio, hablaba tambien continuamente con los jóvenes de su edad, y con los doctores de la ley, en el idioma usado en Jerusalem, y que era el syro-caldeo; de modo que no debe causar admiracion que la lengua griega hubiera dejado de serle familiar. Es notable tambien que la que se usaba en Tarso, lugar del nacimiento de San Pablo, no era muy pura, y que no se hablaba allí el griego de un modo tan

XXIV.
Explicacion
de un texto
de San Pablo.

(1) *De Consens.* l. iii. c. 29.—(2) *2. Cor.* xi. 6.—(3) *Chrys. serm. de Laud. Pauli.*
TOM. I.

limado y tan elegante como en Atenas. Si se comparan, pues, los discursos de San Pablo con los escritos de los filósofos que no procuraban otra cosa sino las bellezas de la elocuencia, se encontrará que estos abundan en flores y adornos, y que las epístolas de San Pablo podían en su comparación parecer demasiado simples y descuidadas, porque efectivamente este grande Apóstol había despreciado todos esos vanos socorros de la elocuencia humana. *Yo no he empleado para hablaros (dice) y para predicaros, los discursos persuasivos de la sabiduría humana, sino los efectos sensibles del Espíritu y de la virtud de Dios.* (1) ¿No era el Espíritu de Dios el que lo había movido á obrar de esta suerte? ¿No se debe mirar este designio como efecto de la inspiracion, bien lejos de considerar que aquella simplicidad de estilo excluye el auxilio, la asistencia particular, la direccion especial, en una palabra, la inspiracion?

Peró en fin, ¿qué quiere decir el Apóstol cuando escribe á los fieles de Corinto, que está poco instruido en lo perteneciente al idioma, *imperitus sermone*? El se sirve de la palabra que en griego equivale á *idiota* que se tradujo en latin por *imperitus*; y nuestros traductores parece han querido hacer fuerza sobre esta palabra latina trasladando la expresion de San Pablo por *grosero y poco instruido*. La palabra griega puede traducirse literalmente por la de *idiota*, esto es, *el que es del pueblo, popular ó vulgar*. Si la aplicamos al estilo, significará un estilo simple en que nada hay estudiado, en que se desatienden los adornos y flores de la elocuencia profana de que acostumbraban usar los filósofos y los retóricos de Atenas. Y ¿habrá motivo para rehusar la inspiracion al que escribe en semejante estilo? ¿No lo habrá mas bien para asegurar que es digno de ella, porque el Espíritu Santo ha querido servirse de lo que parece mas débil para confundir á lo mas fuerte, y de lo que parece mas ignorante, segun el mundo, para confundir á lo que se tiene por mas sabio? Dios ha querido escoger lo que habia mas vil y mas despreciable, segun el mundo, y lo que no era nada, para destruir lo que habia mas grande entre las potestades de la tierra, entre los filósofos y los oradores. No se mire, pues, como obstáculo para la inspiracion la simplicidad del estilo; y digamos si se quiere, la dureza misma de las expresiones.

Contemplemos á la Escritura, no solo como que contiene sentencias y máximas de vida, sino como que encierra también palabras de vida eterna, y digamos con San Pedro á Nuestro Señor Jesucristo: Señor, ¿á quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.* (2) Vos teneis las palabras de la vida, y las habeis consignado en el depósito de vuestras divinas Escrituras; por la impresion de vuestro Espíritu han hablado los hombres de Dios; por vuestra inspiracion han escrito; nosotros reconocemos vuestra voz; confesamos que Dios es quien nos habla en ellas por su Hijo que es su Verbo, y por su Espíritu que es el espíritu del Padre y del Hijo. Dignaos hacernos dóciles á vuestra divina palabra, para que ella sea verdaderamente para nosotros palabra de vida.

(1) 1. Cor. II. 4.—(2) Joan. VI. 69.